

Annie Marion MacLean

**Trabajar, poseer, educar:
IncurSIONES sociológicas**

**Presentación y traducción
de Pedro Quintín Q.**

**archivos del Índice
Cali**

Annie Marion MacLean

Edición original:

A. M. MacLean:

Two weeks in department stores (1899)

With Oregon hop pickers (1909)

The plight of the rich man in a democracy (1915)

Twenty years of sociology by correspondence (1923)

Primera edición, 2009

© de la presentación y la traducción: Pedro Quintín Q., 2009

© fundación editorial archivos del Índice, 2009

Apartado aéreo 25970, Cali

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

<http://www.archivosdelindice.com>

ISBN 978-958-44-6123-3

Esta es una edición digital del libro que archivos del Índice publicó en el año 2009. Se respeta fielmente el contenido del mismo aunque se han introducido algunas variaciones de tipo formal (entre otras, la numeración de las páginas).

Presentación

A fines del siglo XIX, cuando algunos de los investigadores que habrían de contribuir a la fundación de la antropología moderna se embarcaban en grandes viajes para explorar y recoger información sobre poblaciones de tierras lejanas –como acaeció con la expedición de la Universidad de Cambridge al Estrecho de Torres en 1898–, una joven emprendía una aventura parecida, aunque quizás menos exótica, al emplearse como vendedora en unos grandes almacenes de la populosa ciudad de Chicago con un ánimo similar: conocer de primera mano, por medio de su propia experiencia, la vida cotidiana de las trabajadoras. Se trataba de la socióloga Annie Marion MacLean, quien pocos años después también se vincularía como operaria en unos talleres de confección en Nueva York y luego como recolectora de lúpulo en los campos de Oregón para seguir describiendo las precarias condiciones laborales sufridas por las mujeres norteamericanas.

No es sencillo dirimir muchas de las disputas que a menudo se trenzan sobre la precedencia de los descubrimientos o las innovaciones científicas, menos aún en las ciencias sociales y cuando se pretende hacerlo para épocas alejadas de nosotros. Quizás tampoco valga la pena tanto esfuerzo si con ello lo único que se pretende es reivindicar los nombres de algunos estudiosos cuyos méritos han sido olvidados.

Ahora bien, eso cambia si, de esa forma, se recuperan autores cuyos encuentros tienen aun cierta vigencia empírica, suponen alcances teóricos sugerentes y mantienen alguna relevancia social y política¹.

Tal sería el caso de la socióloga Annie Marion MacLean (1870?-1934), según argumentan en un reciente artículo Till Hallett y Greg Jeffers, quienes la califican como “una por mucho tiempo ignorada madre de la etnografía contemporánea”². Esta presentación, que precede

¹ Véase Verena Stolke, “De padres, filiaciones y malas memorias. ¿Qué historias de qué antropologías?”, en J. Bestard (Coord.) *Después de Malinowski*, Actas del VI Congreso de Antropología, FAAES/Asociación Canaria de Antropología, Tenerife, 1993, pp. 147-198.

² Till Hallett y Greg Jeffers, “A long-neglected mother of contemporary ethnography. Annie Marion MacLean and the memory of a method”, *Journal of Contemporary Ethnography*, vol. 37, 2008, pp. 3-37. Este

a varios escritos suyos, ofrece apenas algunos datos biográficos y reflexiones sobre el conjunto de su obra; en todo caso, serán los lectores quienes habrán de establecer qué tanta pertinencia tiene atribuirle tal maternidad o si, más bien, basta en este caso con disfrutar de la lectura de unos textos que guardan su frescura al referirse a temas que hoy nos siguen preocupando.

Esbozo biográfico

Aunque nacida en Canadá, donde recibió su primera formación universitaria (en el Acadia College, una universidad de orígenes baptistas – siendo ella misma la hija de un pastor–), MacLean estuvo estrechamente vinculada durante la mayor parte de su vida a la Universidad de Chicago, primero como estudiante de maestría y doctorado (1896-1900) y luego (desde 1903 hasta su retiro definitivo a inicios de 1934, poco antes de morir) como docente en el Home-Study Department y en la oficina de extensión desde la que ofrecía exitosos cursos de sociología por correspondencia³. Sin

artículo nos ha sido muy útil para preparar esta presentación.

³ Durante algunos periodos fue al mismo tiempo profesora de sociología en el Adelphi College (1906-1916) y en la National Training School de la YWCA en Nueva York (1903-1916). Antes había enseñado

Annie Marion MacLean

embargo, no sólo destacó como profesora, sino también como una prolífica investigadora cuyos textos aparecieron publicados en diferentes revistas, entre ellos nueve artículos en el prestigioso *American Journal of Sociology*, así como varios libros: *Wage Earning Women* [Mujeres que ganan un salario] (1910); *Mary Ann's Malady. Fragmentary Papers Dealing with a Woman and Rheumatism* [La enfermedad de Mary Ann. Ensayos fragmentarios acerca de una mujer y el reumatismo] (1913); *Women Workers and Society* [Las mujeres trabajadoras y la sociedad] (1916); *Cheero!* (1918); *Some Problems with Reconstruction* [Algunos problemas con la reconstrucción] (1921); *Our Neighbors* [Nuestros vecinos] (1922); *This Way Lies Happiness* [En este camino reposa la felicidad] (1923); *Modern Immigration* [Inmigración moderna] (1925). Por otra parte, a lo largo de su vida mantuvo activos vínculos con asociaciones y comités de diferente tipo, en especial con la YWCA de Nueva York⁴, y

brevemente en varias universidades canadienses y estadounidenses. La Universidad de Chicago fue pionera en este tipo de enseñanza a distancia, sobre la que MacLean ofreció sugerentes reflexiones en un balance escrito tras veinte años de experiencia docente ("Twenty years of sociology by correspondence", *The American Journal of Sociology* vol. 28, 1923, pp. 461-472) que incluimos en esta compilación.

⁴ Originada en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX, la YWCA (Asociación cristiana de mujeres jóvenes)

participó en la creación de otros, como la *American Association of University Women*, la *American Sociological Society* –que luego se convertiría en la *American Sociological Association*–, la *Association of Collegiate Alumnae* –que buscaba apoyar a las mujeres universitarias– o la *National Consumers' League* –la Liga Nacional de Consumidores–.

En 1897 MacLean había obtenido una maestría en sociología en la Universidad de Chicago⁵ con un estudio histórico de la legislación sobre el trabajo de la mujer en Estados Unidos en el que fue asesorada por los

llegó a Estados Unidos en 1858 y se irrigó por todas las grandes ciudades del país, donde hoy sigue teniendo una activa presencia. Desde el inicio sus miembros se preocuparon por atender a las poblaciones más desvalidas, prestándoles asistencia en salud, vivienda, educación y trabajo. No pocas veces solicitaban diagnósticos como, por ejemplo, el que le comisionaron a MacLean sobre el trabajo femenino y del que resultaría el libro *Wage Earning Women* (1910).

⁵ Entre 1888 y 1901, en Estados Unidos las mujeres constituían el 28% de los estudiantes de sociología de posgrado (en la Universidad de Chicago eran el 27%); véase Joyce E. Williams y Vicky M. MacLean, “Studying ourselves: sociology discipline-building in the United States”, *The American Sociologist* vol. 36, 2005, pp. 111-133; p. 131.

sociólogos Albion W. Small⁶ y George H. Mead⁷; luego, en 1900, sería la segunda mujer en obtener

⁶ Albion Woodbury Small (1854-1926), con estudios de doctorado en historia y economía política en Alemania –aunque finalmente obtendría su doctorado en la Johns Hopkins University–, jugó un papel crucial en la legitimación e institucionalización de la sociología en Estados Unidos: junto a Charles Henderson, Frederick Starr y Marion Talbot fundó el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago y, poco después, el *American Journal of Sociology*; desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, en esta revista se publicaron algunas de las reflexiones y estudios, tanto norteamericanos como europeos, de la naciente disciplina (Small sería su editor académico desde 1906 hasta poco antes de morir; en ella publicó 73 artículos). Escribió, entre otros textos, un manual de introducción a la sociología (*Syllabus: Introduction to the Science of Sociology*, 1890), así como *General Sociology* (1905), *The Meaning of Social Science* [El sentido de la ciencia social] (1910), *Between Eras: from Capitalism to Democracy* [Entre eras: del capitalismo a la democracia] (1913) y *Origins of Sociology* [Los orígenes de la sociología] (1923).

⁷ George Herbert Mead (1863-1931), filósofo pragmatista formado en la Universidad de Harvard y en Alemania, desarrolló la mayor parte de su carrera académica en la Universidad de Chicago; aunque en vida publicó poco –básicamente reseñas y comentarios–, tras su muerte sus alumnos compilaron los apuntes de sus clases y sus notas inéditas, ofreciendo con ello una aproximación sistemática a su

un doctorado en sociología en la misma Universidad, en este caso asesorada también por Small (con quien habría de mantener posteriormente un gran amistad) y por Charles R. Henderson⁸, con una investigación sobre las migraciones en Nueva Escocia (Canadá). Uno de sus compañeros de aula fue William I. Thomas, quien después se convertiría en profesor de

obra, que habría de influir posteriormente en el interaccionismo simbólico; así, a partir de los cursos de psicología social que dictó desde 1900, Charles W. Morris, uno de sus alumnos, editó *Mind, Self, and Society* (1934) [*Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*, Paidós, México, 1993; trad. F. Mazia, supervisada por G. Germani]; otros de sus libros son *The Philosophy of the Present* [La filosofía del presente] (1932) y *The Philosophy of the Act* [La filosofía del acto] (1938).

⁸ Charles Richmond Henderson (1848-1915) fue, como vimos, uno de los fundadores del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago (de la que era capellán) y del *American Journal of Sociology*; doctorado por la Universidad de Leipzig (Alemania), se interesó en problemas de reforma social y, especialmente, en el papel de las prisiones. Publicó, entre otros, *An Introduction to the Study of the Dependent, Defective, and Delinquent Classes* [Una introducción al estudio de las clases dependientes, incapacitadas y delincuentes] (1898), *Modern Prison Systems* [Sistemas carcelarios modernos] (1903) y la compilación *Modern Methods of Charity* [Métodos modernos de caridad] (1904).

sociología en Chicago y sería coautor, con Florian Znaniecki, de una de las primeras grandes obras de la sociología norteamericana (*The Polish Peasant in Europe and America*, 1918)⁹.

Sin embargo, los trabajos de investigación de MacLean empezaban a basarse en la observación participante y a centrarse en las actividades laborales de las mujeres. En el primero, que también vertimos al castellano en este libro, se interesó por las mujeres que se empleaban como vendedoras en los grandes almacenes de Chicago¹⁰; le siguieron otros del mismo estilo: entre ellos, estudios sobre los talleres de confección donde las operarias eran sometidas a extenuantes jornadas de trabajo¹¹, sobre las duras condiciones laborales existentes en las minas de carbón de Pennsylvania¹², sobre las aventuras y

⁹ Existe traducción castellana (de una edición abreviada): *El campesino polaco en Europa y en América*, CIS/BOE, Madrid, 2004; trad. M^a T. Casado.

¹⁰ "Two weeks in department stores", *American Journal of Sociology* vol. 4, 1899, pp. 721-741.

¹¹ "The sweat-shop in summer", *American Journal of Sociology* vol. 9, 1903, pp. 289-309 [Traducción castellana: "El taller de explotación laboral en verano", *Athenea Digital* no. 13, 2008, pp. 247-260; trad. C. Silva. {<http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/504>}].

¹² "Life in the Pennsylvania coal fields with particular reference to women", *American Journal of Sociology*, vol. 14, 1908, pp. 329-351.

desventuras de los recolectores de lúpulo de Oregón¹³ y, finalmente, sobre las empleadas fabriles y sus luchas salariales¹⁴. No obstante, desde mediados de los años veinte sus cada vez más graves limitaciones físicas causadas por una artritis reumatoide (que la obligaría a usar una silla de ruedas) fueron restringiendo trágicamente sus posibilidades de realizar investigaciones de campo¹⁵.

En cierta manera, el énfasis en el trabajo femenino y el recurso a la observación participante –la estrategia de investigación predominante en la obra de MacLean– pueden relacionarse con la peculiar posición que ella ocupó en la sociología de esos años en Chicago, a medio camino entre la investigación sociológica y la intervención social. Según algunos estudiosos, entonces la sociología se dividía en Chicago en dos ámbitos que, aunque ligados, estaban marcados por preocupaciones distintas y por el género de quienes la practicaban¹⁶. Por un

¹³ “With Oregon hop pickers”, *American Journal of Sociology*, vol. 15, 1909, pp. 83-95. Texto incluido en esta compilación.

¹⁴ “Four months in a Model Factory”, *Century* no. 106, 1923, pp. 436-444.

¹⁵ Aunque, como veremos, usó su propia experiencia para explorar el mundo de los enfermos (como en los libros *Mary Ann’s Malady* y *Cheroo!*).

¹⁶ Sobre esta distinción, véanse por ejemplo las reflexiones de Mary Jo Deegan, “Dear love, dear

lado estaban aquellos que formaban parte del Departamento de Sociología, hombres en su mayoría, quienes, sin descartar el provecho social que pudiera derivarse de la sociología, abogaban por su consolidación como disciplina científica. Por otro lado estaban las mujeres –algunas con formación sociológica y aglutinadas alrededor de la Hull House¹⁷ o en unidades académicas que luego cristalizarían en los departamentos de trabajo social o de servicio público–, que hacían énfasis en el papel práctico del sociólogo en la transformación de la sociedad. Se trataba de mujeres como Jane Addams, Sophonisba Breckenridge, Marion Talbot o las hermanas Abbott (Edith y Grace), hoy consideradas

love'. Feminist pragmatism and the Chicago female world of love and ritual", *Gender and Society* vol. 10, 1996, pp. 590-607.

¹⁷ Fundada en 1889 siguiendo algunas experiencias inglesas previas, esta institución ofrecía diferentes servicios sociales a los grupos más desfavorecidos de Chicago, contando para ello con los aportes financieros de filántropos adinerados; con el tiempo la Hull-House habría de convertirse no sólo en un lugar de trabajo y residencia para diferentes mujeres profesionales, sino sobre todo en un ámbito de investigación social, de debate intelectual y de activismo político progresista. Desde su fundación y durante muchos años estuvo dirigida por Jane Addams, quien plasmó esa experiencia en varios libros, como *Twenty Years at Hull-House* [Veinte años en la Hull-House] (1910).

pioneras de la sociología y de los estudios de mujeres –de tal forma que hay quienes hablan incluso de una “escuela de sociología de mujeres de Chicago”¹⁸.

Aunque mujer, los vínculos de MacLean fueron sin embargo más fuertes y sostenidos con los miembros del Departamento de Sociología y con la sociología académica: ya vimos que Small y Henderson tuvieron un papel importante en su formación universitaria y con ellos mantuvo relaciones muy estrechas a lo largo de toda su vida. Así, por ejemplo, Henderson le solicitó un capítulo sobre la historia de las políticas para pobres en Francia para su libro *Modern Methods of Charity* (1904); él también formó parte del comité de asesores de la YWCA que le comisionó el estudio *Wage Earning Women*. En cuanto a Small, en una nota publicada a raíz de su muerte MacLean lo define como su “maestro, colega, amigo”, alguien con quien mantuvo una perdurable correspondencia¹⁹. Cabe recordar que

¹⁸ Véase Patricia M. Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley, “The Chicago Women’s School of Sociology (1890-1920) –Research and Advocacy”, en *The Women Founders. Sociology and Social Theory, 1830-1930*, McGraw Hill, Boston, 1998, pp. 229-275.

¹⁹ “Albion Woodbury Small: an appreciation”, *American Journal of Sociology* vol. 32, pp 45-48, 1926. Nótese además que ellos compartían ciertas experiencias religiosas: ya vimos que Henderson era el capellán de la Universidad de Chicago y que

durante esos primeros años del Departamento de Sociología había cierta presencia femenina: no sólo Talbot²⁰ fue una de sus fundadoras, sino que las mujeres escribían para sus publicaciones académicas (el 9% de los artículos de la revista del Departamento estaban firmados por ellas)²¹;

MacLean era hija de un pastor baptista, al igual que Small y Henderson; durante aquellos años se fue perfilando una sociología que, sin renegar de las creencias religiosas, trataba de recurrir a principios seculares y basados en la ciencia (para el caso de Small, y su posición por momentos ambigua, véase Susan E. Henking, "Sociological christianity and Christian sociology: the paradox of early American sociology", *Religion and American Culture* vol. 13, 1993, pp. 49-67).

²⁰ Marion Talbot (1858-1948), egresada del Massachusetts Institute of Technology, llegó a ser profesora de administración doméstica y de ciencia sanitaria, así como Decana de Mujeres en la Universidad de Chicago entre 1892 y 1925; fue editora del *American Journal of Sociology* desde 1895 hasta 1935. Una de las primeras mujeres en ocupar un cargo administrativo en dicha universidad, se preocupó por evitar la discriminación sexual en el acceso a la educación superior, participando en la creación de varias asociaciones de mujeres. Entre otros, escribió los libros *Food as a Factor in Student Life* [La comida como un factor en la vida estudiantil] (1894, en coautoría con Ellen Richards) y *The Education of Women* [La educación de las mujeres] (1910).

²¹ Véase Lengermann y Nielbrugge-Brantley, op. cit. p. 243; Silvia García Dauder, "Annie Marion MacLean:

por cierto, se trataba sobre todo de textos que resultaban de investigaciones de campo puesto

‘madre de la etnografía contemporánea’ y pionera en la Sociología por correspondencia”, *Athenea Digital* no. 13, 2008, pp. 237-246 [<http://psicologíasocial.uab.es/athenea/index/php/atheneaDigital/article/view/504>], p. 242.

En la *American Journal of Sociology* se publicaron otros dos artículos de corte etnográfico de autoría femenina: “The social value of the saloon” de E. C. Moore (vol. 3, 1897, pp. 1-12), sobre el papel de las tabernas en la educación y la socialización de los obreros, y “Glimpses at the mind of a waitress” de Amy E. Tanner (vol. 13, 1907, pp. 48-56), una narración de la experiencia de la autora como mesera. Tanner sería luego asistente de investigación de MacLean en su estudio *Wage Earning Women*. Moore obtuvo su doctorado en filosofía en 1897 en la Universidad de Chicago; enseñó filosofía y educación en Berkeley y fue profesora en las universidades de Yale y Harvard antes de volver a Los Angeles donde participó en la fundación de la Universidad de California. Por su parte Tanner, que era también doctora en filosofía (con un título obtenido en el mismo lugar y fecha que Moore), escribió un conocido libro sobre educación infantil (*The Child: His Thinking, Feeling, and Doing* [El niño: su pensamiento, sentimiento y hacer], 1904) así como varios trabajos de psicología, de la que fue docente en la Clark University.

que el trabajo empírico era tenido, entonces, como propio de las mujeres²².

Pese a esas buenas relaciones MacLean no entró a formar parte del Departamento. Terminó enseñando esa disciplina desde la oficina de extensión, donde estuvo a cargo de cursos como *Introducción a la sociología*, *Elementos de historia industrial*, *Tecnología social*, *Ciudades modernas*, *Inmigración moderna*, *Vida rural*, *Problemas de la industria* o *Historia del movimiento de reforma social*²³. Quizás la suya fuera una posición marginal dentro de la Universidad de Chicago que, no obstante, le habría permitido disponer de cierta flexibilidad y de la posibilidad de realizar investigaciones de campo durante diferentes periodos y lugares²⁴. Ella sería pues una de las primeras mujeres en desarrollar una carrera profesional como socióloga²⁵, participando en

²² Sólo a partir de los años veinte del siglo XX, con la segunda generación de la Escuela de Chicago (encabezada por Robert E. Park y Ernest Burgess), dejan de reñir la necesidad de fortalecer teóricamente la disciplina y la de afinar las técnicas de investigación empírica.

²³ Dos de las que serían luego figuras prominentes del Departamento de Sociología, los ya citados Park y Burgess, dictaron como MacLean cursos por correspondencia en la misma oficina.

²⁴ García Dauder, op. cit., p. 240.

²⁵ Según Hallett y Jeffers, op. cit., pp. 27-28, no sólo el hecho de ser mujer sino también su precaria salud

pesquisas fuera de la universidad alentadas, entre otros, por Florence Kelley o W.E.B. Du Bois. Kelley²⁶, líder de la *National Consumers' League*,

habrían limitado sus posibilidades de tener una carrera académica más estable: los cursos por correspondencia le permitían tanto trabajar sin tener que ir a la universidad como desplazarse a diferentes ciudades en busca de tratamientos y ambientes adecuados para sus dolencias. Quizás por ello su relación con la Hull-House tampoco fue estrecha: aunque participó en algunas de sus actividades, no fue una de sus colaboradoras más asiduas.

²⁶ Florence Kelley (1859-1932), hija de un congresista republicano abolicionista y abogado de la causa sufragista, estudió en la Universidad de Cornell, donde se graduó con un estudio sobre el trabajo infantil; tras ver rechazada su solicitud de ingreso a la escuela de leyes de la Universidad de Pennsylvania por el hecho de ser mujer, viajó a Suiza y se acercó a las ideas socialistas –siendo la traductora inglesa autorizada por F. Engels de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, libro originalmente publicado en 1844 en alemán–. De regreso a Estados Unidos, mantuvo cierta actividad en el partido socialista obrero de Nueva York. Tras divorciarse, fue a vivir a Chicago, donde pasó a formar parte del círculo de la Hull-House entre 1891 y 1899. Trabajó como inspectora de trabajo para el estado de Illinois, impulsó múltiples asociaciones –entre ellas la ya varias veces nombrada Liga Nacional de Consumidores– y luego pasó temporalmente a enseñar en la Universidad de Chicago. Entre otros temas, abordó el de las relaciones raciales y la

tenía –como ella– especial interés en las condiciones del trabajo femenino; aparte de algunos trabajos propios, fue precisamente ella quien vinculó a MacLean a la *New York Tenement House Comission* en 1900, y cuya experiencia estaría en el origen del texto ya citado sobre la explotación de las mujeres en los talleres de confección. En cuanto a Du Bois (para quien escribió un capítulo de su *The Negro Church*²⁷),

delincuencia en los barrios de inmigrantes de Chicago (del que resultó un capítulo del libro *Hull-House Maps and Papers* [Mapas y documentos de la Hull-House], una compilación que ella coordinó junto con Jane Addams en 1895); también estuvo atenta al papel de las leyes en la regulación del trabajo de los niños y las mujeres (aspectos que retoma en el libro *Some Ethical Gains through Legislation* [Algunos beneficios éticos mediante la legislación], de 1905).

²⁷ A. M. MacLean, “A town in Florida”, en W.E.B. Du Bois, *The Negro Church* [La iglesia negra], The Atlanta University Press, Atlanta, 1903, pp. 64-68. El sociólogo W.E.B. Du Bois (1868-1963), nacido en el seno de una familia pobre, fue el primer afroamericano en doctorarse en la Universidad de Harvard. Profesor en la Universidad de Pennsylvania, realizó múltiples investigaciones sociales, entre las que caben destacar aquella que dio lugar al libro *The Philadelphia Negro. A Social Study* (1899). Preocupado por la discriminación racial, a la que le dedicó varios estudios (*The Souls of Black Folk* [Las almas del folklore negro], de 1903, o *The Negro*, de 1915), fue uno de los fundadores de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas

con él aprendió a hacer estudios cuantitativos de tal forma que, en el proyecto que daría lugar al libro *Wage Earning Women* (1910), MacLean coordinó un equipo de 29 encuestadores que aplicaron más de 13.000 encuestas a mujeres trabajadoras de 400 empresas ubicadas en 20 ciudades de Estados Unidos.

De todas maneras, también es probable que esa posición de MacLean haya contribuido a su escasa valoración en la historia de la sociología norteamericana; adviértase que, durante mucho tiempo, en esa narrativa han jugado un papel secundario las mujeres (y los afroamericanos) privilegiándose las tareas de los hombres vinculados a las instituciones de educación superior. Se habría ignorado así su destacada labor en organizaciones de beneficencia, escuelas normales o instituciones educativas para mujeres y minorías, su énfasis en la resolución práctica de los problemas sociales y la investigación empírica²⁸.

de Color (NAACP); desilusionado por la persistencia de la discriminación racial en Estados Unidos, a inicios de los años sesenta se fue a vivir a Ghana.

²⁸ Cabe recordar que, en Estados Unidos, en los años veinte se les cierran las puertas de muchas universidades a las mujeres con el argumento de que causaban problemas en la formación de los estudiantes. Entonces se bloquean también sus posibilidades de empleo por fuera de instituciones para mujeres, parroquias y oficinas de servicios

Ahora bien, MacLean también ofreció reflexiones de cierto calado teórico: acerca de la historia de la inmigración y de su reglamentación, de los derechos sociales de las mujeres y los trabajadores, pero también sobre temas que en apariencia se distanciaban de sus preocupaciones sociales más inmediatas. Es el caso de su breve pero punzante reflexión sobre la riqueza y el ambiguo papel que juegan quienes la poseen en las sociedades democráticas modernas, como se desprende del tercero de los textos que aquí traducimos, publicado originalmente en 1915 también en el *American Journal of Sociology*²⁹. Este ensayo es un buen ejemplo de cómo ciertas clasificaciones deberían mirarse con cautela: por ejemplo, aquella que, como ya dijimos, se hace a menudo entre las dos escuelas de sociología de Chicago, la que producían los hombres, teórica y abstracta, y la de las mujeres, orientada hacia la práctica.

Algunos aspectos de su obra

sociales; véase el artículo ya citado de Williams y MacLean.

²⁹ "The plight of the rich man in a democracy", *American Journal of Sociology* vol. 21, 1915, pp. 339-344.

Ella tiene en alto grado todas aquellas cualidades que impulsan cualquier iniciativa académica. Es cuidadosa, paciente, consciente y capaz de distinguir y de ver el valor relativo de los materiales. Sus simpatías sociales le permiten penetrar en factores poco estudiados, y su justeza, temperamento legal y buen sentido mantienen su juicio bien balanceado.

Así se expresaba su maestro y amigo Charles R. Henderson acerca de MacLean³⁰. Repasemos brevemente algunas de esas virtudes.

Empecemos por sus *simpatías sociales*. Quizás el lector ha adivinado ya hacia quienes se dirigen teniendo en cuenta el título de sus libros y artículos. Si no es así, lo descubrirá apenas empiece a leer los textos que aquí se traducen. Pero esa preocupación no surge sólo de su propia experiencia como mujer, trabajadora, migrante o enferma, sino que hay que enmarcarla en la actitud pragmática que acompañó los comienzos de la sociología norteamericana. No hay que olvidar que esta disciplina estuvo allí directamente vinculada a movimientos de reforma que no sólo se preocupaban por la resolución de los problemas sociales, sino que otorgaban al conocimiento empírico un papel central en tanto propiciaba la reflexión y la discusión de las virtudes y defectos asociados a

³⁰ Citado por Hallett y Jeffers, op. cit., p. 22.

cualquier intento de transformación de la sociedad.

Para MacLean, por tanto, la investigación tiene por función no sólo sacar a la luz situaciones inequitativas, sino también señalar posibles vías de solución a las dificultades detectadas. En otras palabras, sus estudios contienen indicaciones destinadas a impulsar decisiones ilustradas, como puede verse cuando hace recomendaciones a las asociaciones de consumidores, cuando esboza sugerencias de política federal para regular las horas de trabajo y los salarios, o cuando insiste ante los empresarios agrícolas y mineros en la necesidad de mejorar las condiciones laborales de sus empleados.

Y ahí entran en juego *su justeza, temperamento legal y buen sentido*. El trabajo de esta socióloga no se circunscribe a observar a los desvalidos ni le basta con atender a las situaciones de dramatismo más patente. Ella descubre también en los ambientes más resplandecientes (como en el caso de los centros comerciales) los rastros de malestar, dolor e insatisfacción que acompañan el avance de la sociedad moderna y el capitalismo: no sólo tras bambalinas se esconden ciertas condiciones laborales denigrantes (como sucede en los talleres de ropa que ella describe), sino que ellas existen también en los mostradores junto a los que permanecen de pie unas vendedoras que atienden sonrientes a sus

clientes durante extenuantes jornadas de trabajo; desde esa perspectiva, no debe sorprender tampoco que la autora se pregunte por la paradójica situación de las personas ricas, envidiadas y, al mismo tiempo, objeto de feroces críticas³¹.

Sin embargo, MacLean no se convierte en mera adalid de causas nobles, ni sus descripciones se centran en la miseria de la existencia de los más desfavorecidos: aún en los ambientes más hostiles –en talleres, almacenes, minas o campos–, ella es capaz de encontrar muestras de solidaridad y compañerismo, cuando no de franca alegría y satisfacción personal; y es también capaz de vislumbrar la lucidez y esperanza con la que algunas de esas personas enfrentan su vida. Por otra parte, aunque comprensiva frente a las difíciles situaciones que atraviesan –tratando de entender las condiciones sociales que las afectan–, ella no se complace en posiciones populistas advirtiendo

³¹ Nada le disgustaba más que el recurso a estereotipos y prejuicios que impedían tener en cuenta el valor real de las personas. Ella misma había sufrido ese tipo de consideraciones, por ejemplo cuando su primer estudiante por correspondencia, un alemán residente en Berlín, le escribió anunciándole su renuncia por ser ella una mujer. Afortunadamente, muchos otros estudiantes, tanto norteamericanos como extranjeros, le expresaron gratitud por su labor como profesora.

de igual forma los conflictos y tensiones que se producen entre gentes con similar condición social.

Finalmente, tenemos su capacidad para ser *cuidadosa, paciente, consciente y capaz de distinguir y de ver el valor relativo de los materiales*. Todos ellos son atributos que cualquiera debiera poder desplegar en su práctica investigativa.

Como podrá observar quien lea los dos primeros textos que aquí presentamos, la inmersión de la investigadora en el campo constituye una de las principales vías de obtención de sus datos, de modo que ella no sólo se vincula como vendedora, modista o de lúpulo, sino que vive, así sea durante unas pocas semanas, como cualquiera de las demás personas que desempeñan esos trabajos; de esta manera, sus observaciones abarcan también las habitaciones o catres en los que duermen las trabajadoras, los platos con que se alimentan, las cuentas que hacen al final de la semana al recibir su pago o las diversiones que las distraen en sus escasos ratos libres.

En este sentido, la suya es la puesta en práctica de la observación participante, enfoque que algunos años después propugnarían la antropología y la sociología. Su etnografía tiene, por ello, ciertas virtudes que no tenían las descripciones de sus contemporáneos y se halla más cerca de nuestros estándares actuales: riqueza de datos que combinan diversas

perspectivas (objetivas y subjetivas), presentación directa de la voz de la gente estudiada, evitación del etnocentrismo, combinación de abstracciones con finas observaciones empíricas³². Además, sus textos problematizan algunas de las estrategias de acopio de información –por ejemplo, poniendo en duda la validez de sus propias observaciones o el punto de vista adoptado–, así como las limitaciones derivadas del hecho de que la suya es siempre una participación parcial: a diferencia de sus compañeras de sufrimiento, MacLean no olvida que, tratándose de una experiencia temporal, el suyo terminará pronto.

Es cierto que MacLean introduce en sus textos algunos momentos “confesionales”, pero no como un recurso para desmitificar la investigación o para afirmar su autoridad

³² Hallett y Jeffers, op.cit., p. 9. Hoy nos puede parecer que todo eso no tiene mayor mérito, pero no debe olvidarse en qué época realizó sus investigaciones. Baste con recordar la pacatería sexual, el racismo y el clasismo que destilaban algunos de los textos aparecidos en el progresista (pero heterogéneo) *American Journal of Sociology* para entender mejor el valor de sus aportes (véase Thomas James Phelan, “From the Attic of the *American Journal of Sociology*, 1895-1935”, *Sociological Forum* vol. 4, pp. 71-86, 1986). Curiosamente, y comparado con su racismo, el sexismo de la revista habría sido bastante moderado.

mostrando que ella “estuvo allí”³³. Más bien los usa para revelar las tácticas a las que debe recurrirse en el trabajo de campo: por ejemplo, disfrazándose para ser contratada y poder entrar así en un taller o teniendo que camuflarse entre las masas de desocupados como una joven desempleada cualquiera. De esta forma ella ofrece información extra al lector: así, la descripción de sus dificultades para simular el peculiar porte de las modistas –lo que habría de provocar reiteradas negativas de sus posibles empleadores–, le permite referirse a las deformaciones físicas que produce el trabajo en el cuerpo de las mujeres; deformaciones que operan como marcas distintivas del desempeño de una ocupación.

Como decíamos, nuestra autora es capaz de combinar perspectivas múltiples en sus descripciones, desde aquellas más impresionistas (en primera persona, reviviendo los pequeños dramas que ha vivido y exponiendo las emociones que aquellos le suscitan) hasta aquellas otras más objetivas (realistas, en tercera persona, acudiendo al “presente etnográfico” y a las citas directas) que a veces complementa con exposiciones precisas del contexto (a partir de datos estadísticos, reportes institucionales e

³³ Sobre este punto, véase Clifford Geertz, *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona, 1989 (1ª ed. en inglés, 1988; trad. A. Cardín).

informes históricos)³⁴. Quizá podría echársele en cara que dedicara tan poco tiempo a la realización de su trabajo de campo (que iría desde un par de días a cuatro meses), sobre todo si se lo compara con el patrón que luego establecieron los etnógrafos³⁵; pero, consciente de ello, ella no tenía reparos en explicar las condiciones limitadas de su labor. Téngase en cuenta que, al tratar de estudiar aspectos de su propia sociedad, tenía tanto la ventaja de hablar la misma lengua –por lo general algo extraño entonces para los etnógrafos en tierras lejanas, quienes solían recurrir a traductores o al uso de lenguas francas– como de conocer previamente buena parte de los fenómenos que estudiaba.

³⁴ Como dijimos, algunos de sus libros surgen de sus propios quebrantos de salud; sin embargo, en ellos no sólo relata sus dolores y penurias, sino las reacciones que suscitaba en la gente la presencia de una persona achacosa, así como también los avances médicos y sanitarios (de los que criticaba su creciente mercantilización).

³⁵ Hay que advertir que aquellos periodos no son muy distintos de los que exigieron trabajos de campo antropológicos que, en aquellos mismos años, habrían de dar lugar a algunas etnografías aun hoy bien consideradas; por ejemplo, la fase de trabajo de campo de W. H. R. Rivers en la India de la que resultaría *The Todas* (1906) fue de cuatro meses. Es sólo a partir de la segunda década del siglo XX, con la figura de Bronislaw Malinowski, que se plantea la exigencia de trabajos de campo intensivos y de larga duración.

Annie Marion MacLean

Además de contener inspiradas reflexiones sobre la sociedad y sobre la enseñanza de la sociología, los escritos de MacLean que aquí compilamos nos ayudan también a entender cómo era la vida de los trabajadores durante el paso del siglo diecinueve al veinte en Estados Unidos y, en especial, la de las mujeres vinculadas a sistemas laborales que, pese al tiempo transcurrido, no han desaparecido de la faz de la tierra.

Pedro Quintín Quílez
Universidad del Valle

Dos semanas de trabajo en almacenes

Annie Marion MacLean

Quienes compran artículos en las tiendas no suelen reparar en el personal que los atiende o en las condiciones en que los bienes fueron producidos, así que ya es el momento, ahora que la Liga de Consumidores³⁶ ha iniciado una cruzada para educar al público, de ofrecer una verdadera imagen de algunas de las condiciones existentes en Chicago.

La necesidad de una investigación minuciosa sobre el trabajo de las mujeres y los niños en los grandes almacenes de departamentos de la ciudad era evidente, pero

³⁶ La Liga de Consumidores de Illinois fue organizada por los estudiantes universitarios de esta ciudad en febrero de 1897, cuando se fijaron unos estándares y se esbozó una constitución provisional. Una organización permanente, con el señor Charles Henrotin como presidente, entró en funcionamiento a partir de una reunión mantenida en la Hull-House el 30 de noviembre de 1898. Hoy la liga tiene cerca de ochocientos miembros.

también las dificultades eran muchas y de diverso tipo. Con el objetivo de descubrir algunos aspectos que tan sólo pueden ser conocidos desde dentro, se emprendió el estudio que origina la materia de que trata este texto³⁷. Parecía evidente que podía obtenerse información valiosa si alguien estaba dispuesto a sufrir las penurias implicadas en la vida de una vendedora y, gracias a esa experiencia personal, ser capaz de hacer una apreciación de las condiciones observadas. La urgencia de la necesidad, además de un interés entusiasta en el trabajo por el que aboga la Liga de Consumidores, me llevó a enrolarme en la tropa de vendedoras al detal, durante dos semanas, en el agitado período comercial de las fiestas navideñas. Podría objetarse que no pueden hacerse juicios justos durante una temporada en que las condiciones tienen que ser excepcionales. Es cierto que ellas eran atípicas, pero no puede desestimarse la importancia de saber hasta qué punto. El consumidor debiera saber cuán agotador resulta el trabajo de los dependientes con motivo de sus compras navideñas. Aun más, a él debiera preocuparle si las condiciones anormales, que él ha contribuido a crear, son en

³⁷ Debe aclararse que los dos almacenes en los que se recogió este material no forman parte de aquellos establecimientos de este tipo que disfrutaban de la mejor reputación en Chicago.

parte mitigadas con un pago adecuado por el trabajo exigido. En Illinois, la ley³⁸ prohíbe la contratación de niños menores de catorce años y, en las empresas de manufacturas y mercantiles, limita la jornada laboral de los que tienen entre catorce y dieciséis años a diez horas: al comprador debiera preocuparle saber si su persistencia en hacer sus compras a última hora lleva al comerciante a romper o, por lo menos, a evadir la ley. Se ha admitido que es una amenaza para el bienestar social tener a niños y a jovencitas trabajando hasta tarde en la noche y, por tanto, dejarlos expuestos a los peligros de las calles de la ciudad en unas horas en que la seguridad física y moral exige que ellos estén en su casa. Uno de los objetivos de esta investigación era la de establecer la cantidad de tiempo extra exigido y la retribución, si es que tenía alguna, que les era dada. Los empleadores están siempre dispuestos a enfatizar las mejores condiciones que existen; es tarea de otros encontrar las peores. Y la Liga de Consumidores se niega a apoyar a los almacenes que no se ajusten en todo momento a sus estándares.

Sin embargo, algunos podrán argüir que cualquier esfuerzo que beneficie a los empleados de los grandes almacenes es innecesario. Se hicieron muchas objeciones contra la legislación industrial en los primeros días de aquella

³⁸ Ley sobre el trabajo infantil, febrero de 1897.

reforma. En Inglaterra, los líderes del movimiento se encontraron con una enérgica oposición, pero finalmente sus escalofriantes revelaciones sobre las condiciones vigentes derrotaron a sus oponentes, imponiéndose una ola de entusiasta reformismo. En este país la historia es similar. De 1830 a 1874 las campañas a favor de la protección de las mujeres y los niños en las fábricas se mantuvieron hasta que finalmente, en una fecha tardía, la Massachusetts Act³⁹ se hizo por fin realidad. Luego otros estados siguieron el ejemplo establecido, hasta que, en la actualidad, la mayor parte de los estados que tienen grandes intereses manufactureros gozan de muy buenas leyes industriales. Illinois es una excepción notable⁴⁰. En una palabra, ésta ha sido la historia de las leyes fabriles. Estamos justo en la víspera de una campaña que busca mejorar las condiciones de trabajo de un vasto ejército de vendedoras y de niñas encargadas de dar el cambio [*cash children*]. A lo largo del país, las personas razonables ya han reconocido esta necesidad; pero ello debe advertirse al conjunto de la población. Y para ayudar al movimiento educativo, aunque de una forma modesta, emprendí esta tarea.

³⁹ [Promulgada en 1836, este estado fue el primero de Estados Unidos en fijar restricciones para el trabajo infantil. N.T.]

⁴⁰ La corte suprema declaró inconstitucional la ley de 1893.

La dificultad para encontrar un empleo no fue tan grande como se podría suponer. Debido a la presión de las fiestas y a la consiguiente necesidad de ampliar en gran número la ayuda original, los empleadores no solían exigir, como un requisito necesario, que el candidato elegido tuviese experiencia. Sin embargo, no fue sino después de haber realizado varias visitas que se me prometió una colocación a cambio de tres dólares por semana. El trabajo debía comenzar el lunes siguiente, lo que justo me daría la oportunidad de apreciar, durante dos semanas, cómo eran los negocios navideños. Prometido el empleo, parecía aconsejable asegurarme un alojamiento en alguna casa para mujeres trabajadoras, ya que el entorno que dicho lugar podía proveer prometía los mejores resultados. Tuve suerte al hallar un lugar muy adecuado cerca del corazón de la ciudad, y allí me alojé como una trabajadora. Esta casa merece algo más que una mención de pasada. En ella se ofrece manutención y alojamiento, así como el uso de agradables salas de estar y de una biblioteca, a mujeres trabajadoras menores de treinta años de edad, por dos dólares y medio semanales, siempre que se contenten con una cama sencilla en un dormitorio. Estos aposentos están cuidadosamente diseñados para que se acomoden entre diez y quince personas en cada uno. La mayor parte de las sesenta y cinco residentes eran vendedoras; ellas, durante

nuestras conversaciones, me dieron información muy valiosa. Allí había toda clase de muchachas, y casi todas percibían salarios muy bajos. Se insertan a continuación unas cuantas entradas del registro de la casa con el objeto de mostrar la naturaleza de los datos que se consignaban y la forma en que las jóvenes llenaban las columnas.

Nombre	Edad	Nacionalidad	Ocupación	Salario semanal
_____	18	Americana	Vendedora	\$ 4.00
_____	27	Virginiana	Estenógrafa	6.00
_____	24	Americana	Dependiente	4.50
_____	23	Americana	Dependiente	3.00
_____	29	Alemana	Cajera	6.50
_____	23	Irlandesa	Vendedora	6.00
_____	28	Americana	Peletera	5.00
_____	20	Americana	Vendedora	3.00

Entonces, ese fue el lugar del que salí a trabajar en la mañana del lunes señalado. El desayuno apresurado, la carrera hacia la calle atestada de una masa humana cargada de loncheras que se impulsaba hacia el distrito central, los carros repletos de hombres y mujeres de rostros pálidos y ojos adormilados, todo ello hacía que el mundo del trabajo pareciera muy real. Trabajadores afanados llenaban el centro de la ciudad; nadie estaba quieto. Llegué a mi destino puntualmente a las ocho, la hora de apertura. Luego tuve que permanecer en una fila frente a la oficina del administrador esperando la designación definitiva, que pronto fue

determinada. Pero el administrador había cambiado de opinión sobre el monto del salario: me informó que me daría dos dólares semanales más un 5% de comisión por las ventas, en vez del salario regular que había mencionado en nuestra entrevista previa. Se me dio un número, de tal forma que fui conocida con el “424” durante mi estancia allí. Me enviaron al departamento de juguetes, donde encontré a las otras sesenta y siete personas que iban a ser mis compañeros de labor. El sitio lo componía una deslumbrante colección de todo tipo de juguetes, desde un mono tocando un tambor hasta una muñeca que decía “mamá”, y un caballo cuya fuerza motora debía ser la de un niño pequeño. Nuestra ocupación consistía primero en limpiar el polvo y comprimir⁴¹ las existencias, y luego estar listas para atender a los clientes. Todas ejercíamos la doble facultad de encargadas de piso y de dependientas, y nuestra misión residía en tratar de que nadie se escapase sin hacer alguna compra. Puede imaginarse fácilmente la confusión. Tan pronto los ascensores se vaciaron en nuestra planta, se produjo un alocado galope de dependientas de lengua ágil: “¿qué le gustaría, señora?” o, “¿algún juguete, señor?” Las respuestas a estas preguntas eran un indicio de los caracteres de las personas a las que se les

⁴¹ Apilar juntas, y en el menor espacio posible, las mercancías iguales.

hacían. La mayor parte eran rudas, algunas divertidas, y unas pocas se mostraban sobrecogidas por el apremio de las vendedoras. Un muchacho, al ser abordado por media docena a la vez, alzó las manos horrorizado y dijo: “Por el amor de Dios, ¡déjenme salir de aquí!” y bajó volando por las escaleras, sin siquiera esperar el ascensor. La causa de esta actividad vigilante de tantas empleadas era la comisión del 5% con la que esperaban aumentar el salario de dos o tres dólares a la semana. Las más experimentadas recibieron la última suma. Y las monedas extras ganadas significaban mucho para la mayoría. Casi todas las muchachas de ese departamento vivían en casa o con parientes; pese a ello, en muchos casos la necesidad de dinero era muy apremiante.

Al comienzo, una de las cosas complicadas era el estar al tanto de los precios, puesto que se cambiaban con frecuencia a lo largo del día y la sanción por vender por debajo del precio se descontaba de inmediato, aunque vender por encima del mismo no provocara desaprobación alguna.

Cada mañana había ventas especiales. A veces, ciertos artículos, que se habían vendido por un dólar, eran rebajados, con bombos y platillos, a noventa y ocho centavos; por otra parte, productos de veinticinco centavos se ofrecían a un precio de ganga de *cuarenta centavos* “sólo por hoy”. Sin embargo, pronto aprendimos

cuáles cosas iban a ser “líderes” día a día, y las breves instrucciones matutinas del administrador eran suficientes para mantenernos al corriente de las rebajas. Los encantos del mostrador de saldos se desvanecen cuando se ha estado tras bambalinas y se sabe algo de su historia. Lo cómico de todo ello parecía impresionar a las dependientas, puesto que intercambiaban guiños cómplices cuando algún cliente incauto era engañado.

¡Oh, el cansancio de esa primera mañana! Las horas parecían días. “¿Podré estar de pie durante toda la jornada?” era mi pensamiento más elevado, puesto que pronto supe por mis compañeros que quien fuese encontrado sentado recibiría palabras insolentes. Entrada la semana me di cuenta de que eso era cierto. Una de las muchachas, al borde del agotamiento, se acomodó un instante en una pequeña mesa que estaba en venta –pues no había asiento de ningún tipo en el lugar y la única forma en que podía tenerse un momento de reposo era sentándose en los muebles de niños dispuestos para la venta en una parte de la planta–. El administrador apareció y encontró a la pobre joven descansando. Como única muestra de compasión le gritó en tono áspero: “Levántate de ahí, perezosa descarada. ¡No te pago para que estés sentada todo el día!” Bajo estas circunstancias, apenas sorprende que fuesen pocos los descansos sustraídos. Por la noche, hombres y mujeres

cojeaban cansinamente a lo largo de la sección, por lo que muchas ventas se realizaban bajo una auténtica agonía física.

¡Cuán bien recuerdo mi primera venta allí! La gente llegaba lentamente esa mañana; de hecho, así era todas las mañanas. Rara vez se hacía algún negocio digno de mención antes de las once del día, y el mayor ajetreo empezaba cerca de las seis. También desde las doce y media hasta las dos de la tarde era un tiempo agitado. La gente parecía decidida a comprar cuando nosotras debíamos almorzar. Mis dos primeros clientes fueron de un tipo que abunda. Primero, una mujer angulosa, con la típica expresión de una persona de negocios, vino hacia mí y en tono perentorio me pidió que le mostrara los bloques de construcción. Se los presenté obedientemente, pero ello no la satisfizo. Luego pasó revista, en lenta sucesión, a las sillas de muñecas, a los trineos para niños, a los juegos de lavandería y a los patines; y fui catequizada de manera minuciosamente pedagógica sobre los precios y méritos de cada uno. Tras haber observado críticamente el último de los patines, me miró con condescendencia diciendo: “No tengo la intención de comprar hoy; simplemente quería examinar sus productos”. El primer pensamiento que me vino a la mente fue si, acaso, no sería ella una inspectora de impuestos. ¡Oh, no! en el lenguaje del almacén se trataba tan sólo de una

*“rubber-neck”*⁴². Luego consideré la distancia que había recorrido con ella: comprobé que era de casi una doceava parte de milla, y todavía no había asentado ninguna venta en mi cuaderno. La mujer se había tomado media hora de mi tiempo.

El siguiente cliente que me deparó la suerte era un hombre de apariencia avinagrada que quería un trineo infantil que costara un dólar y medio. Bueno, no teníamos ninguno por ese precio exacto, aunque había de un dólar y treinta y tres y de un dólar y sesenta y cinco centavos, cualquiera de los cuales, pensaba yo, podría servirle. Pero estaba equivocada, puesto que me devolvió una mirada de total desprecio, acusándome luego de anunciar cosas que no teníamos en venta. Mansamente le sugerí que yo no era responsable de los anuncios que habían aparecido en la prensa matutina, lo que no lo ablandó, yéndose muy enfadado. Me sentí algo triste, aunque la consoladora voz de una pequeña cajera me dijo: “No te preocupes por él, es tan sólo un patín barato”. Tranquilizada así, me embarqué en otra empresa. Esta vez el comprador era un chiquitín cuya cara iluminada me hizo sentir bien. Tenía ochenta centavos, dijo, y quería regalos para el bebé, y para Tom y Freda, y para el primo Jack, y para otros más. Le sugerí una cosa tras otra, hasta que por fin había

⁴² [“Cuello de goma”: mirona, curiosa, chismosa. N.T.]

Annie Marion MacLean

gastado su dinero; llené por tanto mi primera factura, que miré con orgullo. Rezaba así:

CASA X. Y. Z.			
VENDIDO POR		SUMA RECIBIDA	
424		,80	
1	Banco "Dewey".....		,05
2	Juegos de platos.....	,15	,30
1	Juego de lavandería.....		,15
1	Escalera de Mamá Oca.....		,12
1	Pelota de caucho.....		,10
2	Prendedores.....	,04	,08
			<hr/>
			,80
CAJERO N°		TOTAL	
127		,80	
		,80	

El niño estaba contento, y yo también. Miré con admiración los ochenta centavos asentados en mi hoja de cuentas. Ello significaba que había ganado cuatro centavos. Después de ésta, las ventas se sucedieron a menudo. Todas eran pequeñas, por supuesto, y apenas ascendieron a 14,98 dólares ese día. Pero fue más de lo que vendí durante cualquiera de las jornadas sucesivas. Se ha señalado a menudo que los nuevos dependientes se desempeñan mejor al inicio de su actividad. En mi caso, la vivacidad y el interés en la novedad ayudaron a desvanecer el cansancio y atrajeron las ventas.

Mi primer día terminó a las seis y media. Por error, a mí no me entregaron el tiquete para la cena, así que se me permitió ir a casa. Agotada

me encaminé hacia el guardarropa y más extenuada aún hasta mi pensión. Al llegar al dormitorio, no pude más que echarme sobre mi pequeño catre blanco preguntándome fervientemente si acaso sería correcto que una joven trabajadora llorara. Al momento soñaba que sobre mí caían los rápidos golpes de una maza de hierro; poco después amanecía ya: había empezado otro día. En la ciudad, cientos de dependientes, tan cansados como yo, se preparaban para salir a trabajar, pero ellos no tenían la certeza de que el trajín podía terminar cuando lo desearan.

Debe saberse que aquella, “nuestra casa”, permanecía abierta hasta cerca de las diez de la noche, y que la única compensación dada por el trabajo extra era una cena cuyo valor en el mercado era de unos quince centavos. Ésta, así como el almuerzo, debía ser engullida al vuelo. El máximo tiempo permitido para ello era, en cada caso, de treinta minutos, aunque nuestras instrucciones eran “volver a toda prisa”. Esta media hora era por completo inadecuada, como se puede fácilmente imaginar. A veces, hacer el pedido en los abarrotados restaurantes cercanos tomaba entre diez y quince minutos. Comer fuera suponía restar entre diez a quince centavos diarios a nuestros pequeños ingresos, pero para nosotros respirar incluso el humo del exterior valía la pena. El aire allá adentro era siempre repulsivo y el incesante ruido casi enloquecedor.

Estábamos obligados a comer nuestra cena en el almacén, donde nos lo servían. El segundo día participé de lo que magnánimamente el administrador denominó la “cena gratis”. Fuimos alimentados en manada y echados con la mayor celeridad antes de que hubiéramos tragado el último bocado. El menú consistía en una carne como plato principal y un guiso de ostra –siempre elegía este último con la persistente esperanza de que no hubiera sido hecho con las sobras del usual almuerzo servido en la cafetería ese día–. Dicho guiso consistía en un tazón de leche caliente en cuyo fondo estaban escondidas *tres* ostras, exceptuando ese día memorable en que encontré *cuatro*.

Los días en el almacén eran siempre iguales, con su fatiga infinita. Por momentos eran inmensos los afanes; luego no teníamos nada que hacer sino quedarnos por ahí y conversar. Así que, sorprendentemente, nos conocimos bien en poco tiempo. Hablábamos de nuestros salarios y comparábamos las hojas de cuentas cada vez que podíamos. Algunas vendían muy poco y al final de la semana no tenían más que tres dólares⁴³. Es imposible describir la angustia mental de las muchachas cuando, por la noche, comprobaban cuán escasas habían sido sus ventas. Uno puede

⁴³ El sábado por la noche eran despedidas aquellas cuyas ventas promediaran menos de cinco dólares diarios.

decidir ser un trabajador, y resistir las privaciones del bregar, y vivir la vida del obrero, y recibir los mismos sueldos de hambre, pero no experimentará nunca la miseria abyecta de no saber a dónde ir cuando se ha acabado el último dólar. Para una muchacha sola en la ciudad, tres dólares a la semana significan inanición o vergüenza.

Recuerdo bien el cuarto día de esa semana. Habíamos tenido ventas especiales el día anterior y todo el mundo estaba más cansado de lo usual; en consecuencia, los encargados se mostraban más severos y descorteses que nunca. Una muchacha estaba enferma. No debería haber salido de su casa, pero temía perder el puesto si se quedaba allí. Tras una o dos horas se dio cuenta de que no podía trabajar, así que solicitó permiso para irse. La respuesta que le dieron era que no tenía que volver si se retiraba en ese momento. El supervisor de la sección, que tenía una chispa de humanidad en el pecho, le dijo que podía ir al baño a recostarse, siempre y cuando volviera a su puesto de vez en cuando para demostrar que estaba allí. La pobre muchacha pasó todo el día sobre el piso áspero y sucio con un delantal de cajera como almohada. Cada cierto tiempo se arrastraba hasta su lugar en el departamento, tan sólo para luego retornar a gatas al baño, más desgraciada que antes. A veces nos preguntábamos por qué no había un asiento grande o un sofá dispuestos para

emergencias de este tipo. Los había en las salas de espera de los clientes, pero el despido era el destino del empleado que osara ir allí.

Una muchacha de almacén podía morir sobre el desnudo y duro piso mientras los asientos y sofás de la otra habitación estaban desocupados. Sin duda, no sería irracional pedir que se les facilite a los empleados salas de descanso adecuadas. Ninguna ventaja excesiva podría derivarse de ello, puesto que no se nos permitía abandonar la planta sin solicitar al supervisor –un hombre– un pase, y su eterno mandato era “No se demore”. La poco placentera obligación de requerir el pase era a veces obviada por las muchachas, que se escabullían entre la multitud sin permiso. Pensábamos que la encargada de atender estas solicitudes debería ser una mujer. Debimos soportar muchas privaciones innecesarias.

El guardarropa, el baño y la sala de comidas eran los lugares más tenebrosos y mugrientos en los que alguna vez tuve la desgracia de entrar. Bajo el parpadeante resplandor de una luz de gas insuficiente, las telarañas y los sucios pisos grasientos se veían terroríficos. La única ventilación provenía de un sótano asqueroso en el que las chiquillas que lo atendían permanecían el día entero hasta tarde en la noche. Y allí era donde tenían que comer las muchachas que llevaban consigo sus alimentos. Se contaba con unas pocas mesas de basto tablón y con unas

sillas que estaban en un estado más o menos avanzado de ruina: muchas jóvenes hambrientas se sentaban allí a comer los alimentos que traían envueltos en papel periódico mientras bebían su café en unas latas⁴⁴. No era una atmósfera saludable, ni física ni moralmente y, sin embargo, era propia de los almacenes del tipo más pobre. La jerga de las calles, intercalada con palabrotas, constituía el medio de comunicación usual. Una joven e inocente recién llegada no podía dejar de sentirse perturbada por lo que oía. Pero el ambiente circundante no era propicio para pensamientos elevados. El refinamiento del razonamiento y de la conversación desaparecía pronto en una atmósfera como esta. Nunca vi una toalla limpia en el baño. Varios cientos de pares de manos se limpiaban cada día en el deshilachado y rugoso paño, y no había ninguna mujer que estuviera encargada de que las cosas se mantuvieran en condiciones higiénicas. Dos chiquillas permanecían en el guardarropa, pero ellas no tenían nada que ver con los espacios adyacentes. Las habitaciones eran simplemente estrechos corredores. La ruindad de todas estas disposiciones me fue mostrada el día en que mi compañera de trabajo se enfermó tanto. Era muy difícil cambiarnos por la noche, cuando todos los empleados pugnaban por encontrar el camino

⁴⁴ El café era ofrecido a los empleados al precio de dos tazas por cinco centavos.

hacia la salida. Una noche, a una jovencita, que estaba algo inquieta haciendo la cola, uno de los encargados de la tienda la acusó de empujar y la jaló con fuerza sacándola de la fila de tal manera que se golpeó contra un mostrador que estaba a la derecha. Acto seguido, el encargado de nuevo le dio un empujón por la espalda con tal fuerza que cayó contra otro mostrador a la izquierda. Quedó muy lesionada, y el alboroto que siguió parecía, por su intensidad, un motín. Los muchachos iban a protestar contra el ofensor, según dijeron, pero éste se limitó a sonreír, seguro de la justeza de su ataque. Los administradores fueron informados después del caso, pero no hubo reparación alguna. La muchacha no pudo trabajar al día siguiente dado su dolor de espalda. Aparte del malestar físico que tuvo que soportar, perdió el salario de un día. En ese ambiente de guerra proseguimos hasta la noche; y muchas teníamos que irnos solas a casa. Esa noche me sentí timorata, así que pregunté si alguien iba en mi misma dirección. Una pequeña cajera de tan sólo trece años respondió: "Yo iré con usted". Después de dejarme ella aún debía caminar ocho cuadras más. La única circunstancia atenuante era su total falta de miedo. Estaba acostumbrada a lugares y sonidos que a mí me eran extraños. Siempre había hombres en las esquinas prestos a hablar con una joven sola y cualquier paso vacilante implicaba peligro. Casi todas las

mañanas las muchachas tenían alguna historia que contar sobre encuentros con hombres de ese tipo; que ellas no exageraban lo pude constatar plenamente gracias a una experiencia propia. Una noche me bajé del tranvía pasada la medianoche y pronto me percaté de que me estaban siguiendo. La persecución continuó durante dos cuadras, cuando me abalancé sin aliento a mi portería con el perseguidor a menos de cinco pasos de distancia. El pánico me había dado fuerzas para correr más que él⁴⁵.

Siempre me compadecí de las niñas encargadas del cambio. Muchas eran aún demasiado jóvenes para trabajar, pero el pecado estaba en manos de sus padres: ellos llenaban los afidávits requeridos⁴⁶ y el empleador no hacía preguntas. Una niñita me confesó que *todavía no había cumplido los doce años de edad*, pero me pidió que no se lo contara a nadie, puesto que su madre le había ordenado que dijera que tenía catorce. Este arrebato de confianza infantil ocurrió cuando me compadecía de ella por su dolor de muelas. A las pobres criaturas siempre les dolían los dientes. ¡Parecía que algo en este trabajo obligado hacía aparecer esta enfermedad en los niños! Pero sus molestias, no cabe duda,

⁴⁵ Esto sucedió durante mi segunda semana.

⁴⁶ La ley de trabajo infantil de este estado establece que todos los niños menores de dieciséis años realicen declaraciones juradas ante un notario público.

eran más reales que imaginarias. A menudo llevaban alguna golosina barata en uno de los bolsillos del delantal y un frasquito con gotas para el dolor de muelas en el otro: pero ellas no pensaban que hubiera alguna relación entre ambos. Las niñas frecuentemente respondían al grito de “¡Cambio! ¡Cambio aquí!” con lágrimas cayéndoles por la cara; la causa era siempre la que recién mencionamos, o el dolor de pies. Ellas se cansaban, por supuesto. Siendo tan sólo chiquillas, el instinto de jugar era intenso. Quisieran besar las muñecas y montar en los carros que estaban llevando a la sala de embalaje. Cualquier cambio de rutina era aceptado con placer, como por ejemplo la “gestión” de un cheque recibido a cambio de una venta, lo que daba lugar a un viaje a otra planta. A ellas no les importaba el trabajo adicional implicado. Como había muchos trabajadores extras en ese momento, había una guerra constante entre los regulares y los supernumerarios. Estos últimos eran contratados cada mañana por treinta y tres centavos diarios, mientras que a los primeros se les pagaba dos dólares y medio a la semana. El “vocero”, o quien estaba a cargo de los demás, recibía dos dólares y medio semanales. En este almacén en particular, las niñas miraban de forma despectiva a los niños, de los que había comparativamente pocos. Ellos debían limpiar cualquier mugre que hubiera debajo de los mostradores: en una ocasión, cuando no había

ningún niño a la vista, el encargado de la planta le dijo a una niña que se llevara algunos papeles usados; ella replicó con un giro de la cabeza: “Tan bruto, ¡no soy ningún niño!” Infantiles, ellas tenían sus favoritos entre los dependientes, cuyas fortunas miraban con mucho interés. Un día el administrador de la tienda apareció en nuestra planta gritando con tono metálico: “¡424!” Mientras comenzaba a responder al llamado, mi amiguita me abrazó diciendo: “No te preocupes por Tom Jones⁴⁷, no puede hacerte daño. Dile que eres una chica nueva si te regaña; y, si se pone pesado, dile que se vaya al in...” No hice nada de eso y salí indemne. No traía ninguna queja contra mí, pero tenía una forma tan ruda de dirigirse a los dependientes que todos le temían.

Teníamos nuestros problemas con el administrador y los otros funcionarios, pero no sólo con ellos. Algunos de los clientes eran muy difíciles de satisfacer y muy poco civilizados: nos hacían sentir como criminales por culpa de nuestra poca habilidad para hacer lo que al parecer no podía hacerse. Después estaban los compradores bienintencionados que insistían en preguntarnos cuál era nuestro sueldo. Es difícil entender por qué las vendedoras debían soportar tales groserías de gente que parecía inteligente. Al hacérsele esta pregunta por quinta vez en el

⁴⁷ Esta era la forma como todo el mundo llamaba al administrador. El nombre es ficticio.

día, una muchachita bastante independiente replicó que ella ganaba diez dólares a la semana; y añadió: “¿Y cuánto gana usted?”. El inquisidor, un hombre con porte de oficinista, reviró: “Mi querida jovencita, ¡me temo que este ambiente está dañando sus buenas maneras!” Luego siguió adelante, sin duda sintiéndose muy conforme con su reproche.

En conjunto, la semana transcurrió rápidamente, y el sábado por la noche decidí retirarme y probar mi fortuna en otra parte. Pensé que pasar por dos almacenes, una semana en cada uno, sería mejor que permanecer todo el tiempo en uno. Le dije al administrador que quería mi paga puesto que me iba. Él, que era algo abusivo, me dijo: “¿Por qué te quieres ir? Estás ganando buen dinero; ustedes, jovencitas, quieren el mundo.” Esa noche partí con mis dos dólares en el bolsillo; pero sólo podía acceder al pago de mi comisión la semana siguiente. Los sueldos siempre se cancelaban semanalmente.

Estaba “desempleada” y me encomendé a la suerte para encontrar otro trabajo. El domingo en la casa fue un día tranquilo. Todo el mundo estaba cansado y descorazonado. Había habido trabajo extra, pero no así un pago suplementario y había que comprar muchas cosas para la Navidad. El domingo debía ser el día general para remendar, pero ese domingo la mayoría se dedicó a confeccionar pequeños regalos para los amigos que se habían quedado en casa. Casi

todas las jóvenes eran sensatas en lo que al atiendo respecta, y guardaban sus pequeñas ganancias con mucho cuidado. Fijé mis gastos de acuerdo con los suyos y mantuve un recuento detallado de mis desembolsos semanales. Aquí se presentan los datos:

Alojamiento por una semana.	\$2,50
Tarifa del transporte ⁴⁸ , 6 días, a 10c.	,60
Almuerzo, 5 días, a 15c.	,75
Almuerzo, 1 día, a 10c.	,10
Para una comida de caridad ⁴⁹	,13
Papel, 3 noches.	,06
Tarjetas postales.	,05
Dulces ⁵⁰	,10
Sellos.	,10
Naranjas.	,09
Regalo para muchacha de la mesa.	,05
Regalo para la matrona.	,10
Lavandería.	,16
	<hr/>
Gastos totales	\$4,79

Lo ganado durante esa semana fue como sigue:

Salario.	\$2,0
------------------	-------

⁴⁸ Muchas jóvenes caminaban hasta dos millas para ahorrarse el transporte.

⁴⁹ La matrona solicitó contribuciones superiores a dos centavos. Cada una de las muchachas de la casa hizo su aporte.

⁵⁰ Estos artículos eran para una "invitación".

Comisión por ventas.	\$3,25
	<hr/>
	\$5,25
Menos las multas ⁵¹	,30
	<hr/>
Ingresos totales	\$4,95

Así pues, tenía un balance de dieciséis centavos después de pagar mis cuentas, y esto era tanto como lo que poseía la mayor parte. A este ritmo, habría de pasar mucho tiempo antes de ganar lo suficiente para comprar un par de botas.

La siguiente semana empecé a buscar de nuevo una colocación y encontré una allí donde más deseaba trabajar. Cuando quise emplearme la primera vez, yo era una trabajadora no calificada, pero ahora ya era una vendedora experimentada y como tal fui contratada con un salario de cuatro dólares semanales más el 1% de comisión sobre las ventas. Esta vez mi tarea consistía en vender muñecas y éramos cuatro en el mostrador. Me di cuenta al instante de que este era un lugar mucho mejor que el primero. Los administradores y encargados de planta eran caballerosos y amables y el trabajo se realizaba de forma rigurosamente empresarial. Respiré libremente cuando supe que nadie iba a

⁵¹ Se imponía una multa de diez centavos por cada retraso que fuera inferior a media hora; si era mayor, el valor era de veinticinco centavos.

insultarme. Aquí no era un crimen sentarse: detrás de cada mostrador se podían encontrar una o dos cajas pequeñas que las muchachas usaban como asientos. Sin embargo, había cosas incómodas, sobre todo cuando revoloteábamos por ahí esperando a los clientes. Un asiento reclinable balanceándose bajo el mostrador podría ser una bendición.

Las horas eran muy largas. Trabajábamos desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche, exceptuando la víspera de Navidad, cuando trajinamos hasta las doce. Se nos concedía media hora para cada comida. El único pago extra otorgado eran los treinta centavos para sufragar la cena cada noche. Había un buen restaurante barato en el almacén y allí comprábamos nuestras cenas de veinte a treinta centavos. Muchas de las dependientas consumían dos almuerzos fríos al día para así ahorrarse el dinero, mientras que otras, algo imprudentes, compraban lo que ellas consideraban delicadezas. Un día, una muchacha, que sufría de un fortísimo dolor de cabeza, salió a comer conmigo y pidió lo siguiente:

Pudding de ciruela con salsa de vino. . .	\$0,10
Sándwiches de queso suizo.	,05
Helado de chocolate.	,05
Café espeso.	,05

Mi sorpresa fue demasiado grande como para expresarla con palabras.

El trabajo en este almacén era, en muchos aspectos, menos difícil que en el primero. Nuestras tareas se circunscribían a un mostrador y, por tanto, podíamos sentarnos de vez en cuando; pero los clientes eran igualmente duros de complacer y tampoco tenían miramientos frente a nuestros sentimientos ¡Y cuán largos eran los días! ¡Me parece que todos mis pensamientos se centraban siempre en mis pies! Nuestros brazos también se cansaban: teníamos que esforzarnos por alcanzar las existencias. Un señor me hizo abrir y sacar las muñecas de dieciséis cajas para ver si podía encontrarle una de ojos negros y cabello rubio. Le dije que aquellas del precio que deseaba se habían vendido todas, pero quería que yo verificara mi afirmación. ¡Como si le fuera a importar a su hija de dos años que la muñeca tuviera ojos negros o verdes! Evidentemente, él estaba comprándola para su propio deleite. Este es tan sólo un ejemplo de los muchos clientes exigentes que teníamos que tratar.

Allí las condiciones higiénicas eran buenas, el restaurante y el guardarropa holgados y el tratamiento atento y cortés; pero los salarios eran, por desgracia, insuficientes. El promedio era de cuatro a cinco dólares semanales. La comisión ofrecida era tan sólo temporal, y estaba destinada a dar un impulso adicional a la venta

de los productos navideños. Una muchacha que había trabajado en este almacén durante siete años me dijo que ella nunca había recibido más de cinco dólares a la semana; además, debía mantener una apariencia impecable. Era de sobra sabido entre las vendedoras que los caminos del deshonor estaban abiertos a la hora de completar sus magros ingresos. Algunas no dudaban en advertir a las recién llegadas acerca de esa dedicación lucrativa. Veían el asunto sólo desde el punto de vista del lucro, justificando su conducta en razón de la urgencia de la necesidad. Las mismas jóvenes admitían que más de un tercio de ellas llevaban vidas vergonzosas. Era usual escuchar expresiones como la siguiente, pronunciadas con una atormentada seriedad: “Si no consigo ganar más, voy a tener que hacerme mala. Pero odio tener que humillar a mi familia”. En los alrededores vagaban siempre hombres lujuriosos dispuestos a ofrecer ayuda. Llegaban aparentemente a comprar, pero no eran las mercancías del almacén lo que querían. Las muchachas jóvenes y bonitas eran las que caían con mayor facilidad. A veces, lloraban diciendo: “La gente honesta nos desprecia. Pero ellos no saben... No saben. *Tenemos que ganarnos nuestro sostén*”.

Sin duda, cualquier esfuerzo que se haga por elevar los salarios para que ellas puedan vivir sin los sueldos del pecado merece la consideración más respetuosa. Lo que se haga al respecto es, a

todas luces, un beneficio social. Es más, los mejores intereses de la sociedad exigen que la gente razonable asuma esta cuestión con seriedad. Todas las penurias propias de la vida de las jóvenes que trabajan en los almacenes se tornan insignificantes a la luz de este grave peligro que tienen que enfrentar. Es prioritario un apoyo adecuado. Suministrar las condiciones higiénicas y la posibilidad de un buen descanso pueden pasar a un segundo lugar; la legislación puede garantizarlas. Pero aquella otra debe resultar de la acción articulada entre los compradores y la organización de las propias vendedoras. Debe estimularse el espíritu sindical y debe mostrarse a las trabajadoras el poder que otorga la unión de esfuerzos.

Muchos comerciantes de esta ciudad pagan sueldos suficientes para vivir, pero otros no lo hacen. Lo sé por experiencia propia y también lo confirman testimonios confiables.

Mis ganancias de la primera semana ya fueron presentadas; las de la segunda se consignan a continuación:

Salario.....	\$4,00
Comisión por ventas.....	\$1,53
Dinero para cenas.....	\$1,80
	<hr/>
Total.....	\$7,33

Menos las multas ⁵²	,40
Salario de la semana.	\$6,93

Mis gastos de esa semana fueron:

Alojamiento.	\$2,50
Tarifa del transporte, 6 días, a 10c.	,60
Almuerzo, 4 días, a 15c.	,60
Almuerzo, 2 días, a 10c.	,20
Cena, 6 días, a 25c.	\$1,50
Papel, 3 días, a 2c.	,06
Sellos.	,04
Perro de juguete para el bebé de la cocinera	,11
Bananas ⁵³	,10
Una avellana de bruja.	,10
Chicles ⁵⁴	,06
Lavandería.	,18
	\$6,05

Así que el balance a mi favor era de ochenta y ocho centavos. Una de las mujeres de la casa contaba tan solo con dos centavos después de haber pagado todas sus cuentas. Y era ella misma quien había dicho –como respuesta al deseo

⁵² Las multas eran inevitables debido a la gran cantidad de empleados que usaban los ascensores y a la brevedad del tiempo permitido para las comidas.

⁵³ Para una “invitación”.

⁵⁴ Esta inversión me permitía responder afirmativamente a la tan repetida pregunta: “¿Tienes un chicle?”.

expresado por alguien de que “ojalá mañana fuera domingo”-: “Desearía que no hubiese ningún mañana”. Así que a menudo ellas eran derrotadas por la absoluta falta de esperanza en el futuro. Tenían que arreglarse con el problema de los sueldos de la forma más práctica.

Es cierto que los salarios actuales de las mujeres están determinados por fuerzas sobre las que el público tiene o puede tener escaso control; pero también lo es que sería valiosa una investigación concienzuda de todo lo que al respecto acaece en esta ciudad. Aunque a veces es difícil, o quizás imposible, mejorar las cosas, lo cierto es que se debe intentar. Que estas mujeres pudieran estar en una situación peor desempeñando otros trabajos no niega la legitimidad de centrar los esfuerzos públicos en una ocupación en particular.

Durante mi empleo de dos semanas trabajé ciento setenta y cinco horas y recibí a cambio once dólares y ochenta y ocho centavos, o sea algo más de seis centavos por hora. En condiciones normales, por el mismo lapso de labor las horas deberían haber sido aproximadamente ciento veinte. Esto, por supuesto, excluiría el trabajo dominical que, por lo menos en algunos almacenes, era requerido todo el año: se necesitaba un cierto número de dependientes por dos horas o más durante el día. En mi primer empleo no se pagaba por ello remuneración alguna; en el segundo se abonaba

la tarifa del transporte, y se daba la comida si las obligaciones no terminaban antes del mediodía. En estos dos almacenes, las niñas encargadas del cambio percibían tres y un tercio centavos por hora. Cuando se ocupaban durante un tiempo adicional, como sucedía en el primer almacén, no alcanzaban a ganar dos y un tercio centavos por hora. Sin embargo, debe admitirse que los administradores no obligaban a los niños que trabajaban por la noche a llegar puntualmente a las ocho de la mañana. En ocasiones no lo hacían sino a las nueve.

Presento enseguida una tabla con parte de la información que recogí de mis compañeras sobre algunos aspectos de su vida. Esta se limita al mes de diciembre y a las empleadas de los grandes almacenes del centro de la ciudad. Ya que en ocasiones acopié información semejante de una docena o más de casos, registré en la tabla sólo uno que sirviera de tipo. Como regla, las trabajadoras se resisten a decir cuánto ganan, especialmente si sus salarios son bajos. Prefieren dar la impresión de que reciben mucho más de lo que realmente les pagan; supongo que esto no es característico de ninguna clase social en particular. Cualquier representación basada en un registro hecho desde fuera probablemente sea errónea. Los casos citados aquí han sido cuidadosamente examinados y, dado que se originan en una relación estrecha con las personas, creo que los datos deben ser correctos:

Annie Marion MacLean

CUADRO 1 (ver archivo anexo)

La organización que lucha por mitigar los males inherentes a la vida en los establecimientos mercantiles tiene los fines y métodos más loables. El movimiento de consumidores que busca mejorar dicha situación es racional. Representa a las fuerzas más ilustradas de la sociedad y reposa en una base sensata. Pues mientras el consumidor frecuente las tiendas ruines, ellas seguirán existiendo; mientras la gente compra ropa confeccionada bajo condiciones inhumanas, ella seguirá siendo producida bajo esas condiciones. ¿Acaso no tiene el comprador algo que ver con este asunto? Mujeres y niños hacen parte de la industria: no tiene sentido discutir si conviene o no que ocupen esos puestos. Están ahí y, por ser los miembros más débiles de la sociedad, necesitan protección. Deben eliminarse las condiciones inhumanas y desmoralizantes. Algunos de los males pueden ser remediados rápidamente por medio de leyes e inspecciones adecuadas. Quienes todavía no han estudiado este asunto harían bien en revisar atentamente los estándares establecidos por la Liga de Consumidores para un comercio justo y preguntarse si tal vez pueden hacer algo para disminuir las privaciones que aquejan la vida de los vendedores.

LIGA DE CONSUMIDORES DE ILLINOIS
ESTÁNDAR DE LOS CONSUMIDORES

Niños.- Un establecimiento comercial estándar es el que prohíbe que un niño trabaje después de las seis de la tarde y el que cumple con todos los requerimientos de la ley de trabajo infantil.

Salarios.- Un establecimiento comercial estándar es el que da el mismo pago por el trabajo del mismo valor, sin importar el sexo. En los almacenes de departamentos, donde se contrata a mujeres únicamente, los salarios mínimos son de ocho dólares por semana para una trabajadora adulta con seis meses de experiencia, y sólo excepcionalmente caen por debajo de ocho.

En el que los sueldos se pagan semanal o quincenalmente.

En el que las multas impuestas se abonan a un fondo para el beneficio de los empleados.

En el que los salarios de las niñas y niños encargados del cambio son de 2,25 dólares semanales, rigiendo las mismas condiciones en lo relativo a pagos semanales y multas.

Horas.- Un establecimiento comercial estándar tiene una jornada de trabajo de 8 a.m. a 6 p.m. (con no menos de tres cuartos de hora para comer) y concede medio día de vacaciones por semana durante los meses de verano.

En él se conceden vacaciones remuneradas, de no menos de una semana durante la temporada estival, a empleados que llevan seis meses en el puesto.

En él se compensa todo tiempo de trabajo extra.

Condiciones físicas.- Un establecimiento comercial estándar es el que cuenta con áreas de trabajo, comida y reposo independientes y con buenas condiciones higiénicas.

Es el que dispone de asientos para las vendedoras, a quienes se les permite su uso.

Otras condiciones.- Un establecimiento comercial estándar tiene como regla ofrecer un tratamiento humano y considerado a los empleados.

Él da la merecida consideración a la fidelidad y continuidad en el servicio.

Puede ser una tarea fácil atraer la simpatía de las personas inteligentes y educadas; y gracias a ellas debe avanzar la reforma. El gran cuerpo formado por los clientes asiduos a los almacenes baratos no tendrá interés en el tema. Algunos pueden sentir que ya han cumplido con su obligación cuando dejan de comprar en los almacenes donde esos males están presentes; pero ésta es una concepción restringida de la obligación social. No deberíamos descansar hasta que los malos almacenes mejoren o salgan del negocio.

Annie Marion MacLean

Con los recolectores de lúpulo de Oregón

Annie Marion MacLean

En el verano de 1907, mientras adelantaba una investigación para el *National Board of the Young Women's Christian Associations*⁵⁵ sobre las condiciones del trabajo industrial entre las mujeres jóvenes, me desplazé hasta la Costa Pacífica para dirigir personalmente la tarea en esa zona. Al hacer los preparativos, nos pareció adecuado incluir a los recolectores de lúpulo de Oregón, puesto que éste constituye un campo de empleo sustancial para las mujeres durante el mes de septiembre⁵⁶. Además, se trataba de una industria sin estudiar hasta ese momento pero

⁵⁵ [Consejo Nacional de Asociaciones Cristianas de Mujeres Jóvenes. N.T.]

⁵⁶ [El lúpulo es una planta cuya flor suele usarse para darle acidez a la cerveza. Para su cultivo se levantan ligeras estructuras de alambre (*parraderas* o *esparderas*) con el objeto de que sus tallos trepen. En ocasiones pueden llegar a alcanzar hasta 8 metros de altura. N.T.]

cuya importancia justificaba una indagación cuidadosa.

De los estados que cultivan lúpulo, Oregón es el más importante: en 1907 produjo cerca de 25.000.000 libras⁵⁷, frente a las 18.000.000 de California, las 10.000.000 de Nueva York y las 8.000.000 de Washington. Hasta 1850 la mayor parte del lúpulo del país se cultivaba en New England. Durante los cuarenta años siguientes, Nueva York rindió más que los demás estados en su conjunto. Hoy la producción se desplaza a los campos de la Costa Pacífica, con 40.000 acres⁵⁸ dedicados a la siembra del lúpulo. Hace una generación tenía menos de 2.000. La escasez de trabajadores, la agitación prohibicionista⁵⁹ y el desgaste del suelo se han combinado para volver ruinoso su cultivo en Nueva York. El suelo sin abonar de Oregón producirá el doble de libras por acre frente a lo que puede dar el de Nueva York, incluso si éste se ayuda con una abundante fertilización.

Me percaté que desde afuera era muy poco lo que se podía conocer sobre las condiciones del oficio, así que decidí vincularme como recolectora y unirme a la multitud para saber algo, y de primera mano, de esa vida. Llegué a

⁵⁷ [Una libra equivale a 453,5 gramos. N.T.]

⁵⁸ [Un acre equivale a 4046,9 metros cuadrados. N.T.]

⁵⁹ [Campañas de ciudadanos reclamando leyes contra la producción, distribución y consumo de bebidas alcohólicas. N.T.]

Portland pocos días antes de la apertura de la temporada, lo que ocurre alrededor del primero de septiembre, y comencé a buscar trabajo. Revisé ávidamente las columnas de anuncios de los periódicos para ver si se necesitaban más recolectores. Mi búsqueda se vio pronto recompensada, pues encontré numerosos avisos que solicitaban ayuda en los campos, como, por ejemplo:

SE BUSCAN.- 1.000 recolectores de lúpulo para recoger 624 acres de lúpulo; gran cosecha; el mayor y mejor equipado campo de lúpulo de Oregón; toda las plantas emparradas sobre alambre; alojamientos estupendos; tienda de abarrotes, panadería, carnicería, barbería, sala de baile de 50x150 pies⁶⁰, teléfono, médico, bonita área para acampar; piscina de 3 acres, restaurante, provisiones vendidas al precio de Portland. Pagamos \$1,10 por cada 100 libras; tarifas de viaje reducidas en nuestro tren expreso. Para mayores detalles dirigirse a

SE BUSCAN RECOLECTORES DE LÚPULO.- Pagamos 50 centavos por caja, cobertizos para acampar gratuitos. Estaremos en el Hotel, entre el 25 de agosto y el 3 de septiembre, para vender los viajes de ida y vuelta a, Oregón. Cultivador

SE BUSCAN.- Recolectores de lúpulo para mi campo en, Oregón; pago 50 centavos por caja;

⁶⁰ [Un pie equivale a 30,48 centímetros. N.T.]

Annie Marion MacLean

estaré en el Hotel 25 de agosto hasta 1 de septiembre.

RECOLECTORES DE LÚPULO.- Buena zona para acampar, almacén, leña abundante, se pagan 50 centavos por caja; 55 acres. Preguntar por

El siguiente anuncio, de un tipo poco usual, apareció en numerosos periódicos rurales:

SE BUSCAN.- 1.000 recolectores para Campos de lúpulo Pagamos \$1,10 por 100 libras... Alojamiento completos, buena comida a precios de ciudad, whiskey gratis, baile cinco días a la semana, evangelistas los domingos y un infierno de tiempo.

Este anuncio parecía supremamente atractivo y mostraba el carácter cosmopolita de la explotación agraria. Se tenían en cuenta todos los gustos. Por supuesto, me llamó la atención, ¡tanto como otros muchos! Me presenté en la oficina de Portland del que decía ser el campo de lúpulo más grande del mundo y solicité trabajo. Fui contratada de inmediato y acordé arrancar a las ocho de la mañana siguiente en un tren particular conocido como el “Expreso Lúpulo”. Despidiéndose con la advertencia de que fuera puntual, el encargado me entregó mi billete de ida y vuelta, por el que pagué \$2,60, un poco más de lo que vale un billete sencillo.

Alrededor de las siete y media de la mañana siguiente estaba dispuesta en la Union Station y

allí me encontré con un montón variopinto de individuos –los que serían mis compañeros– que esperaban todos el “Expreso”. Había hombres, mujeres y niños, bandas y más bandas compuestas en grupos familiares, y, además, varios cientos de hombres y mujeres jóvenes que partían en busca de jolgorio y de la oportunidad de ganar un poco de dinero. Buena parte de las familias procedía del campo; una mujer había recorrido una distancia de doscientas millas con sus siete hijos, de dos a quince años de edad. La otra clase, la de los hombres y mujeres sin pareja, sobre todo estaba compuesta por la población trabajadora flotante de la ciudad.

Era esta una agrupación pintoresca rodeada de un clima de expectación. Habría por lo menos un cambio de ocupación. La fatigada madre de la granja tendría una vida de campo menos onerosa y la oportunidad de conseguir algo de dinero en la plantación; los dependientes, los trabajadores de las fábricas y las chicas del servicio ansiaban la libertad y la ocasión de establecer nuevos vínculos sociales. Se trataba de un gentío de curiosa apariencia en lo que a atuendos concierne –desde las prendas oscuras, pasadas de moda y deformes de la gente del campo hasta los accesorios chillones de las jóvenes ciudadinas. Había en éstas un decidido esfuerzo por ser “elegantes”, de modo que se hacían visibles los suéteres de colores alegres, los sombreros

campestres y los velos vaporosos. ¡Y todo el mundo mascaba chicle!

Tras mucho retraso, la toma de fotografías y las palabrotas, nos embarcaron en el tren – éramos ochocientos, embutidos en doce vagones– y partimos hacia la explotación agrícola, a unas ochenta y una millas de distancia. El viaje fue memorable, por lo menos para mí. Se desató un pandemio: los hombres y los muchachos fumaban pipas y tomaban whiskey de las botellas que portaban; los viejos les pasaban las petacas a los muchachitos, de voces aún delgadas, que bebían largos sorbos ansiosamente; los niños reían y lloraban por turnos dependiendo de si tenían o no lo que querían, mientras que la intimidad entre los jóvenes y las mozas crecía a un ritmo asombrosamente rápido; y, sumándose al estruendo, estaban los vendedores de crispetas dulces y de sándwiches de jamón. Todo ello me fascinaba de un modo extraño, mientras pasaba de vagón en vagón, con el propósito ostensible de hacer amigos.

En cada parada, y las paradas fueron muchas a lo largo de esta tierra de granjas con una sola vía de tren, los muchachos literalmente se lanzaban de los vagones y, pese a las protestas de sus propietarios, se metían en las huertas cercanas para recoger manzanas y ciruelas. Traían estos trofeos en grandes cantidades hasta el tren y los compartían con las muchachas. Tal

generosidad gestó una buena camaradería y cuando llegamos a Independence, el destino de nuestro tren, las parejas ya reclinaban juntas sus cabezas. Pero todo esto acabó bruscamente cuando el tren se detuvo. El viaje había durado cuatro horas pero todavía no había concluido.

El siguiente paso consistió en montarnos sobre unas barras sin muelles para cargar heno, treinta o cuarenta en cada vagón; íbamos alineados a los lados y en la parte de atrás con los pies colgando, mientras el equipaje se apilaba en el medio. Se impartió la orden de que los hombres debían caminar y las mujeres y los niños montar. Ello se acogió con gemidos y gritos de desaprobación, pero al final todo se arregló amistosamente y la grotesca procesión inició su viaje de seis millas por un polvoriento camino rural. Al fin éste terminó, aunque a veces dudé de si llegaría a suceder. Sin embargo, todos estábamos vivos y éramos aún capaces de **arrastrarnos** cuando, a las cuatro y media de la tarde, nos descargaron en una ladera polvorienta al borde de un bosque y cerca del campo de lúpulo.

No había comido nada desde las seis y media de la mañana, así que, sin mayor espera, hice junto a los demás una incursión a la casa de comidas. Luego seguí al resto para resolver el asunto de mi alojamiento. Contraté una cama

para dos personas⁶¹ en una carpa al precio de un dólar por toda la temporada. Me dieron varias yardas⁶² de gruesa tela tejana y me dijeron que con ella hiciera una funda, que luego fuera a un granero y la llenara con la paja fresca que había sido llevada allí con tal propósito. Este colchón de paja fue puesto sobre el suelo en una de las esquinas de una tienda que sería ocupada por diez de nosotros.

Cuando anocheció estábamos muy cansados y llovía, pero se había programado un baile en el gran salón, así que debíamos olvidarnos de nuestra fatiga e ir. Dos muchachas de mi carpa – una trabajadora de una fábrica y una camarera – se estaban engalanando para el evento y me invitaron a acompañarlas para que así me fueran conociendo. Vacilé un poco debido a mi camisa de calicó azul y a mi delantal a cuadros, pero ellas me dijeron: “No te preocupes; vas a ganar algo de dinero con el lúpulo y podrás comprarte ropa nueva”. Fui así aceptada y sentí que aquí, al menos, existía una verdadera democracia. Es triste tener que decirlo, pero el baile tuvo que ser pospuesto porque se dieron cuenta de que los instrumentos musicales no habían llegado. Pero nunca olvidaré que Laura y “Kid” tenían deseos

⁶¹ Me acompañaba una joven de la Universidad de Oregón a la que había vinculado como investigadora.

⁶² [Una yarda equivale aproximadamente a 91 centímetros. N.T.]

de llevarme con ellas y de presentarme a sus amigos.

No antes de la medianoche estuvieron los campistas totalmente instalados, aunque algunos tuvieron que dormir a la intemperie, bajo la lluvia, porque no pudieron encontrar sus pertenencias. Debe advertirse que la mayoría había llevado sus atavíos más simples, ahorrándose así gastos. Las camas de paja sin almohada no propician el sueño, especialmente con el agua filtrándose, como sucedía en mi esquina. Coloqué una sombrilla y pude al fin dormir, pero tan sólo para soñar con icebergs. El frío de aquellas noches de Oregón todavía me provoca escalofríos. Como los demás estaban acostumbrados al clima, se sentían más cómodos que yo.

El domingo fue un día ocupado. Por la mañana debimos terminar de alojarnos, lo que se convirtió en una excelente oportunidad para conocernos. En la muy poco convencional atmósfera de la vida del campamento, el proceso de hacer amigos era muy simple y, al mediodía, ya hablábamos libremente sobre el dinero que esperábamos ganar en las parcelas⁶³ durante los

⁶³ Debe explicarse aquí que, técnicamente, la suma de todos los acres de tierra es denominada "campo", mientras que las subdivisiones establecidas a propósito del trabajo son conocidas como "parcelas". Sin embargo, los términos se intercambian a menudo.

pocos días o semanas siguientes. Con menor disposición se hablaba del pasado. Ante mi respuesta negativa a la habitual pregunta que me hicieron –“¿Has recolectado alguna vez?”–, parecía esperarse que diera datos adicionales, así que añadí que había estado haciendo varias cosas, lo que fue aceptado sin más, y se abandonó la cuestión puesto que, como dijo una mujer de nuestra carpa asintiendo con la cabeza: “Bueno, todos hemos hecho cosas de las que no nos interesa hablar.” De nuevo triunfó la democracia del campo de lúpulo y se aceptó al extraño por sus méritos, sin importar sus condiciones previas de servidumbre.

Por la tarde empezó el verdadero asunto de la temporada: registrar a los recolectores y asignarles sus parcelas y compañías. Fue una experiencia que miro retrospectivamente con horror. El jefe mismo se sentó en un estrecho corredor y ordenó a la muchedumbre que se alineara. Había entre todos unas mil personas, incluyendo a quienes habían llegado de los campos vecinos, así que la fila pronto se convirtió en una turba sudorosa y maldiciente. Los hombres apretujaban a las muchachas hasta casi asfixiarlas y cuando eran rechazados respondían con insultos. Yo estaba a unos seis pies de la puerta cuando empezó el registro. Tras media hora estaba a más de veinte pies de distancia y una gran muralla de personas se alzaba frente a mí. Este no era por cierto un lugar

para los buenos modales. Aquí la lucha por el primer puesto habría avergonzado a la muchedumbre de los saldos de mostrador de Grand Street y persuadido a un héroe del fútbol a buscar sus laureles. La carrera no era para los fuertes sino para los astutos. Las muchachas más alegres empezaron pronto a pagar el peaje con besos o promesas, siendo empujadas hacia delante. Yo me quedé estancada por cerca de dos horas y pude ver a mujeres que se mareaban, desmayaban y caían. Creció tanto mi interés por el espectáculo que perdí de vista el fin perseguido, y el que obtuviera un número antes del anochecer se debió a la tenaz persistencia de una de mis nuevas amigas, quien levantó la mano en mi nombre y obtuvo para mí la deseada cinta que establecía que el mío era el 185 en la Parcela B, Compañía 4. Había un color distinto para cada parcela. El mío era rosado y lo sujeté con orgullo. Una simple preparación habría prevenido los sinsabores de la tarde. Habría sido muy fácil instalar dos mesas de inscripción, una para los hombres y otra para las mujeres.

El siguiente evento importante del día fue el servicio religioso de la noche dirigido por el pastor evangelista prometido en la gran sala de baile. Prácticamente todo el mundo se hizo presente para la lectura con el *stereopticon*⁶⁴ de las

⁶⁴ [Un proyector o “linterna mágica” con dos lentes, una encima de la otra. Estuvieron en uso desde

“Parábolas de Jesús”. Como muchos decían en la puerta, “La recordaremos”. La música fue bien recibida, pero cuando el pastor comenzó a ofrecer una plegaria estereotipada fue saludado con gritos de “corta ya” y “al tajo”. Como no lo hizo, se produjo una estampida por la puerta de unos buenos dos tercios de los hombres presentes. El resto de la audiencia se dedicó a charlar. La multitud retornó sin prisas para escuchar la siguiente pieza musical, pero cuando empezó el sermón se puso impaciente y pronto expresó su desaprobación en términos inequívocos. Yo estaba atrás, cerca de la puerta, y pude darme cuenta de que el pastor desempeñaba su tarea en condiciones muy difíciles. El salón era muy grande, sus propiedades acústicas eran pésimas y el farol de su proyector chisporroteaba. Pero lo peor de todo era su poca habilidad para “estar conectado” con la situación, por usar la frase de los recolectores. Las Parábolas de Jesús son interesantes, pero no para ese público cuando ellas se revisten con la jerga del púlpito. Y además los asistentes no podían ver el espectáculo completo pues el orador se hallaba delante del lienzo. La gente a mí alrededor blasfemaba, reía y gritaba, pero en vano. Cuando sugerí que alguno de nosotros le dijera al pastor que se moviera, se produjo una

mediados del siglo XIX tanto como una forma de entretenimiento como de educación. N.T.]

acalorada discusión que terminó en un reto para mí. “Yo no le digo”, afirmaban todos al mismo tiempo. Lo que funcionó como una espuela y aquella que iba envuelta en el calicó azul y el delantal a cuadros gritó: “Hágase a un lado, por favor”. El orador dio casi un salto a un costado y a la atrevida se la congratuló con expresiones como las siguientes: “Eh, eres más lista de lo que pareces”, “Tu familia me tiene a sus órdenes”, “Mañana cargaré tus pesados lúpulos”; esto y más provenía de los hombres; de las mujeres que me rodeaban, todas y cada una me dijeron con un tono de asombro: “¿No estabas asustada?”; les dije que sí.

Para cualquier orador ésta era una audiencia difícil de satisfacer, pero, para un hombre poderoso, también constituía una oportunidad extraordinaria si pudiese olvidar que era un clérigo y tan sólo recordase que era un ser humano con un mensaje para otros seres humanos. He advertido que los ciudadanos bien alimentados y bien vestidos escuchan sin signos externos de impaciencia las banalidades que a menudo acompañan la parafernalia clerical, pero no sucede así entre los hermanos y hermanas de las clases trabajadoras. Ellos reconocen una buena historia cuando la escuchan y admiran un buen espectáculo cuando lo ven, pero odian ser “mandados”.

No pudimos dormir mucho esa noche, puesto que los hombres bebieron y alborotaron

casi hasta la mañana y a las cuatro los primeros recolectores ansiosos ya estaban levantados. Pues el verdadero trabajo empezaba el lunes, pese a que era el Día del Trabajo⁶⁵. Había tanto preparativo preliminar que sólo a las nueve pudimos por fin arrancar hacia nuestras parcelas. Sin embargo, la mera recolección no era de tanta importancia para mí. Quería instruirme sobre las condiciones de vida de las mujeres jóvenes, y sobre éstas aprendía todo el tiempo. Sin embargo, fue un placer ver cómo se formaban las diferentes compañías y marchaban hacia la victoria, puesto que todo el mundo esperaba hacer un montón de dinero –de tres a siete dólares al día, según me dijeron cuando me contrataron en Portland.

Un campo de lúpulo ofrece una hermosa vista, con su cosecha de flores que cuelgan en llamativos racimos sobre enramadas de alambre de doce a quince pies de altura. Cuando llegamos a nuestra división se nos ordenó que escogiésemos a un compañero, ya que íbamos a recolectar de a dos por planta, y que nos consiguiésemos unas cestas –enorme tarea ésta– hechas para contener 25 libras –el lúpulo es muy ligero– y una bolsa de tela en la que vaciar las cestas cuando se llenasen. Así equipada, me inicié en los misterios de la recolección. Uno

⁶⁵ [Que en Estados Unidos de América y Canadá se celebra el primer lunes de septiembre. N.T.]

decía “Pela las espigas, con hojas y todo”; otro decía “Échale dentro algo de tierra, pesa bueno”. Pero la voz del jefe de la parcela se escuchaba alta y clara, “Recolectad limpio o no ganaréis dinero”.

Recoger el lúpulo es fascinante y, según una tradición en Oregón, se trata de una ocupación muy saludable; pero es duro tener que estirarse, agacharse y caminar pesadamente por la accidentada tierra arada. Además, el aire está repleto de polen, lo que se supone que da salud, pero a mí me ahogaba: a la hora de la cena difícilmente podía hablar; pero había recogido 53 libras, de acuerdo con el encargado del pesaje, y recibí un cupón que me daba derecho a 56 centavos en efectivo. Trabajé unas dos horas y media ya que, a las once y media, tuve que detenerme para subir al restaurante a servir las mesas. Allí estaban cortos de trabajadores y habían ofrecido comidas gratis a las muchachas que sirvieran durante una hora. Como el coste de la comida era de tan sólo veinte centavos, el trabajo no tenía mucha demanda; pensaban que podían ganar más en el campo. La mujer a cargo del comedor me había anotado de primera y pedía reiteradamente que la ayudara. Es claro que lo grande y fuerte le llamaba la atención. Por fin cedí pero, entonces, tuve que dejar el campo antes que los demás para consumir mi propio alimento. Se me pagó por adelantado; ¡no habría trabajado bajo ninguna otra condición! No me

arriesgué a comer después de que la horda hambrienta lo hubiese hecho. Ese almuerzo de veinte centavos fue el mejor que he visto por ese precio, aunque para mostrar la superioridad de su juicio en tales materias, la multitud protestó por la falta de torta. Me dijeron que me “encargara” o que, si no, ellos me iban a “echar”. A la una me senté con una chica para regodearme con los setenta y seis centavos que había ganado desde el desayuno, y a preguntarme por cuánto tiempo podía uno aguantar ese cansancio, cuando el gerente se acercó y me ordenó que fuera a la cocina a lavar los platos. A lo que me negué, así como lo hizo la muchacha que estaba conmigo, y dignamente nos “retiramos”.

Entre los recolectores hubo muchos murmullos ese día ya que no habían podido percibir “buen” dinero; pocos, si es que alguno, obtuvo más de dos dólares. Se consideraba que una recolección limpia era una gran penuria. Algunas jóvenes no ganaron para cubrir sus gastos. Nuestras comidas y la cama costaban unos sesenta y cinco centavos diarios. Hubo también mucha insatisfacción porque los encargados de pesar muchas veces les dieron a las mujeres jóvenes, bonitas y coquetas diez o doce libras de peso extra. Había muchas oportunidades en el campo para pequeñas cortesías de este tipo y las chicas jóvenes y atractivas precisaban ser muy prudentes para no

verse enredadas en ellas. El enamorado caballeroso siempre podía buscar excusas para llenar la cesta de la muchacha admirada mientras la suya permanecía vacía. Los encargados de los alambres⁶⁶ y del pesaje eran los aristócratas de la compañía. Se les pagaba por días y andaban por ahí de modo relajado. Como trataban con todas las muchachas de su división, tenían bastantes posibilidades de ejecutar sus tretas.

El campo, poblado de recolectores, constituía una visión interesante. En una hilera, un hombre y su esposa recolectaban juntos mientras sus hijitos gateaban por el suelo a sus pies; un poco más arriba había una mujer que con sus seis criaturas llenaban de lúpulo su cesta; justo más allá se hallaba una exaltada muchacha escoltada por el chico descocado que había conocido en el tren –ambos desatendiendo la cosecha y haciéndose cumplidos chabacanos–; más lejos, a la derecha, una muchacha alemana de mejillas sonrosadas lloraba porque sus torpes dedos la hacían trabajar despacio; junto a ella había dos vivarachas estudiantes de bachillerato deseosas de ganar dinero para comprarse vestidos; no mucho más lejos se hallaba una viuda de cerca de cincuenta años con su madre anciana haciendo

⁶⁶ Los hombres encargados de descolgar los alambres que sujetaban las viñas. Cuando queríamos que lo hicieran gritábamos “abajo el alambre” y, eventualmente, aparecían.

muy pocos progresos con el lúpulo; les enseñé lo que había aprendido y desde entonces las cosas mejoraron.

Una multitud cansada y descorazonada fue la que abandonó las parcelas esa primera noche. Todos estábamos agotados y no habíamos ganado tanto dinero como esperábamos. Así que a primera hora de la noche nos sentamos en las tiendas a conversar, y más tarde nos reunimos en la gran carpa y tuvimos un concierto improvisado que a todos nos animó.

Esta carpa merece más que una mención de pasada, pues representaba la cristalización del deseo de mejorar las condiciones sociales en el campo. El muy progresivo cuerpo de mujeres integrantes de la Asociación de Mujeres Jóvenes Cristianas de Oregón quería hacer todo lo posible para convertir la recolección de lúpulo a gran escala en un oficio más respetable de lo que solía ser considerado, y ello porque cientos de mujeres jóvenes de este estado necesitaban aprovechar esos ingresos pero corrían a veces un peligro moral mientras lo hacían.

Estas mujeres persuadieron al propietario de las tierras para que las dejara atender el restaurante del campamento y mantener un centro social. A él le pareció una ventajosa proposición de negocios y accedió de buena gana. Fue así evidente que una influencia beneficiosa se implantaba en el campo; y ella

recibió el cordial respaldo de todos los implicados.

Desde el principio las mujeres de la Asociación se vieron acosadas por dificultades, pero cada una fue superada gracias, en gran medida, a la hábil gestión de quien estaba a cargo del trabajo⁶⁷. Para mí fue tan interesante el proceso de recolección como la oportunidad de estudiar este experimento en que se fermenta la masa. Un domingo vi a una mujer en los escalones de la cocina deshuesando un *bushel*⁶⁸ de ciruelas para un pudding con el objeto de disminuir la carga de los cocineros. Me acerqué y ofrecí ayudarla. Ella me instruyó en el arte y, mientras el trabajo progresaba, me entretuvo con historias de Turquía, un país que ella conocía bien. Uno o dos días más tarde organizó una huelga en la cocina y, más adelante, cuando los cocineros fallaron a la hora de cumplir sus acuerdos, ella despidió a todo el pelotón de hombres, telefoneó a Portland solicitando refuerzos y se puso a cargo del departamento de culinaria hasta que llegó el reemplazo. ¡Y los recolectores tuvieron sus comidas a tiempo y nunca supieron que algo hubiese pasado!

Esta mujer, que deshuesaba ciruelas, organizaba huelgas y ejercía de cocinera, abrió la

⁶⁷ La señorita Frances Gage, secretaria estatal de Oregón y Washington.

⁶⁸ [Equivale a 35.2 decímetros cúbicos. N.T.]

gran carpa de noche y, en un tiempo sorprendentemente corto, aglutinó a todo el “talento” del campo a su alrededor y brindó “conciertos” que alegraron a todos. Sin duda, tal influencia en el campo era buena y parece deseable que este trabajo se continúe y extienda a todos los grandes campos⁶⁹ donde acuden las jóvenes y se encuentran constantemente amenazadas por peligros morales que no se compensan con influencia alguna que los inhiba. ¡Las “damas de la Asociación” se hicieron muy populares entre las chicas del campo y fue interesante advertir cuán pronto algunas de ellas reconocieron las posibilidades del “buen gusto” en ese acompañamiento!

El segundo día de recolección empezó a las cuatro y media, entre la luz tenue y el rocío. Mi agotamiento apenas podía expresarse puesto que la noche anterior, y hasta tarde, había prestado ayuda de diversas formas. Muchas de mis amigas estaban también cansadas, así que esa mañana la recolección avanzó lentamente. Pero el cotilleo abundaba, en tanto ya nos habíamos tratado bastante, y hasta supimos que la muchacha alemana de mejillas sonrosadas y dedos torpes, quien el día antes lloraba mientras

⁶⁹ Existen además numerosas “parcelas familiares” que emplean a “vecinos” y que no presentan los problemas de los grandes campos con su variado surtido de recolectores.

recolectaba, había huido de su esposo y de su bebé y que no disfrutaba su primer intento de independencia económica. De esto y de mucho más se habló mientras los racimos enteros se arrancaban y metían en las cestas. Si el chisme hubiera sido una mercancía comercializable, no habría habido motivo de quejas sobre las pequeñas ganancias de esa mañana.

A mediodía les dije a mis compañeras que había decidido regresar a Portland ese mismo día; ellas de inmediato supusieron que era porque no ganaba suficiente dinero. Me apremiaron para que me quedase, diciéndome que más adelante la recolección sería mejor. Cuando se dieron cuenta de que no iban a persuadirme, demostraron su amistad preguntándome con ansia si tenía suficiente dinero para llegar a casa. Y así me fui, con el cuerpo cansado, para tener una cita de carácter muy diferente a doscientas millas de allí, sin que sospecharan de mi identidad.

La siguiente tabla contiene los datos recogidos de veintisiete de mis compañeras que quizás sean de interés. Pese a su extraña mezcolanza, este grupo es bastante típico.

Traje del campo de lúpulo un auténtico interés por todo lo que concierne al bienestar de los recolectores de Oregón. Sin duda, podrían hacerse algunas mejoras en la organización de ese contingente de trabajadores y en el control de los campos. A los empleadores debería

Annie Marion MacLean

CUADRO 2 en el archivo magnético
“cuadro dos semanas”

pedírseles que introdujeran tales cambios y que hiciesen lo posible por erradicar las faltas a la ley⁷⁰. Es verdad que, dado el carácter de esta industria, ellos enfrentan algunas dificultades, desconocidas por otros empleadores. Quizás en mayor medida que otros, ellos están obligados a contratar a las personas que puedan: muchas tienden a ser manirrota o a tener hábitos relativamente viciosos y a ser, por lo tanto, difíciles de controlar. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes quienes, a su vez, ejercen una influencia muy decisiva sobre las muchachas.

Tendrían que hacerse cambios en los pasatiempos de la multitud. Su deseo de diversión tras un día monótono en el campo es legítimo y debería satisfacerse: el experimento de la Asociación de Mujeres Jóvenes Cristianas indicaría que ciertas distracciones saludables pueden ser apreciadas por la mayoría. Sería poco razonable esperar que esa gente se sentara tranquilamente al anochecer, satisfecha tan sólo con haber trabajado. Los seres humanos no están hechos así, puesto que a menudo los días más largos de monótono esfuerzo parecen exigir noches de excitante placer. La joven obrera de la ciudad bailará hasta el amanecer tras un duro día de trabajo y sentirá que sólo con ese alivio vale la

⁷⁰ Apenas había un alguacil para mantener en orden a toda esa muchedumbre desaforada.

pena vivir. Cuánto más necesitados de esparcimiento no estarán, por lo tanto, estos recolectores de lúpulo, insuflados por el espíritu de la jornada al aire libre. Si no se les ofrece nada mejor, la taberna y la sala de baile colmarán las ansias.

Entonces, las principales necesidades de los campos de lúpulo son, según pude observar, una mejor organización y una recreación más sana. De una puede encargarse el propietario, de la otra algún grupo externo interesado en el trabajo social; espero sinceramente que ambas carencias sean reparadas en un futuro cercano.

Cuando vuelva la temporada del lúpulo quisiera viajar a Oregón y ponerme el vestido de calicó y el delantal con los resistentes guantes y el pañuelo en la nuca de los recolectores, volver a dormir en la cama de paja y levantarme al amanecer para ayudar a cosechar las flores, e incluso soportar de nuevo el cruel cansancio que ello implica, disfrutar de la verdadera democracia de la variopinta multitud y ver la realización futura de los esfuerzos de mejoramiento.

¡Larga vida a los recolectores de lúpulo de Oregón!

**El dilema del hombre rico
en una democracia**

Annie Marion MacLean

Hace siglos se escribió que un camello podría pasar a través del ojo de una aguja antes de que un hombre rico entrase en el reino de los cielos. A través de los tiempos se ha tergiversado la idea contenida en esta afirmación a partir de la supuesta creencia popular de que el rico está destinado a la perdición eterna. En consecuencia, atormentar al hombre rico a lo largo de toda su vida con el recital de sus presuntos vicios se ha convertido en un entretenimiento muy apreciado, y ello con el objeto de que pueda estar preparado, de alguna forma, para la que finalmente será su condena.

Esta actitud es interesante en términos psicológicos, y puede resultar provechoso, o cuanto menos entretenido, discutir un poco las causas y los posibles efectos de este tan extendido sentimiento de antagonismo hacia un único hombre que es percibido como el representante de una clase.

No puede negarse que ese sentimiento se ha propagado entre quienes están a tono con los tiempos. El prejuicio contra el millonario se observa por doquier, excepto quizás en aquellos círculos sociales donde es buscado por quienes podrían trepar mediante su ayuda. Si él aspira a servir a su país, a su estado o a su ciudad, no faltan quienes rápidamente insinúan que su sitio, como el de las mujeres, se halla en la casa o, por lo menos, lejos de las reuniones de los hombres. Si intenta ser profesor de moral o de religión, no faltan los burlones que cuestionan sus motivos. Así, el rico se encuentra impedido a causa del prejuicio, si no por una animadversión real. Algunos aceptan las limitaciones que les imponen sus congéneres y, encogiéndose de hombros, se sumergen en los placeres que el dinero puede comprar, lo que a su vez resulta en un odio acrecentado hacia ellos.

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” es sin duda una máxima poco adecuada para las condiciones presentes que, con facilidad, puede relegarse a las brumas del pasado; al tiempo que puede ser substituida por la orden imperativa de maldecir a tu vecino, sobre todo si este posee riquezas.

Es probable que hoy la ambición predominante de cualquier hombre avisado de los Estados Unidos sea la de tener dinero. La cantidad deseada en cada caso puede variar, pero las diferencias son tan sólo de grado. El

muchachito reparte periódicos o vende limonada con el objetivo de tener su propio dinero; y a menudo sus mayores le acarician la cabeza encrespada en un gesto de aprobación. Esto es particularmente cierto para el querubín con capa de terciopelo que vocea un semanario yendo de arriba a abajo de la cuadra de la que está, más o menos, encargado. Él ha adquirido pronto el espíritu de la tierra donde nació y merece que se lo reconozcan.

El joven recién salido del bachillerato comparte la misma ambición que su hermano pequeño, por lo que persigue de inmediato un trabajo que le reportará dinero; mientras que el joven universitario parece demorarse sobre todo en la adquisición del conocimiento o, al menos, de los signos que indican tenerlo, con el único propósito de darle unos usos financieros; y es que con la democratización de la enseñanza ha llegado su comercialización. En todas partes, el estudiante se prepara para llevar un negocio o ejercer una profesión que le dará la ocasión de alguna ganancia comercial, mientras que aquellas ocupaciones que cosechan los rendimientos financieros más limitados son evitadas por los alumnos más despiertos. Evidencia de esto puede hallarse en las quejas de algunos religiosos sobre la escasez de jóvenes que entren al sacerdocio y en el terror que se siente en ciertos vecindarios a que las escuelas públicas peligren por culpa de su inminente

feminización. En el trabajo del profesor o del predicador la posibilidad de ser útil, que antes era una razón de peso a la hora de elegir una carrera, parece ser hoy con razón un factor insignificante cuando se lo valora a la luz de las posibilidades de ganar dinero.

El éxito de un hombre joven se mide en buena medida con el estándar de los dólares y los centavos. El idealismo sale entonces sigilosamente de su vida, mientras él se precipita junto a los demás en pos de la salvaje lucha por el oro. Cuando un hombre se hace mayor, se le estima exitoso de acuerdo con su habilidad para controlar las cosas materiales: esta evaluación popular del éxito nos ha dado una aristocracia basada en la riqueza; una clase superior dominante gracias sobre todo al juego de manos con las oportunidades y sometida sin cesar al cambio en virtud del mismo movimiento de prestidigitación, ya que no todos aquellos que siguen la pista del éxito lo encontrarán.

Ahora bien, en gracia de la discusión, y admitiendo que la anterior presentación de la situación sea verdadera, resulta pertinente buscar la base del aparente antagonismo contra la riqueza. Desde hace cierto tiempo, la escritura más popular ha tomado el ropaje de la protesta infamatoria contra las condiciones existentes, particularmente contra las duras circunstancias que se derivan del moderno sistema industrial. En la tarea de llegar hasta la raíz de estas

dificultades, el empresario ha sido señalado y convertido en sospechoso, denunciándose que él es el culpable. Dado que el empresario está en mejor posición que la gente que se queja, su mayor riqueza constituye una injuria añadida, hasta el punto de que, finalmente, el hombre rico ha llegado a ser considerado el responsable de la mayoría de los desajustes sociales y, en consecuencia, el blanco adecuado del castigo social –en pocas palabras, un hombre que merece ser despreciado–; por lo tanto, la misma persona que ha tenido éxito al obtener todo aquello que casi todos los demás hombres se esfuerzan por conseguir, se ha convertido al mismo tiempo en algo que se repudia. Es ésta una situación excepcional.

¿Acaso la meta de la ambición es, después de todo, tan sólo una caldera hirviente del odio popular? ¿Acaso la posesión de aquello que en apariencia se desea más en la vida lo hace a uno más inmoral que a sus congéneres? ¿Acaso el logro de dicho fin sólo significa en realidad que el corredor más sagaz sea convertido en el blanco de las flechas de la multitud que viene detrás? Si este fuese el caso, el individuo debiera ser juzgado como la víctima de una broma práctica que le hace la sociedad. Pero la sociedad les gasta la misma broma a todos los individuos que participan en la carrera; es decir, la sociedad bromea consigo misma, lo que supone un estado de locura social que ninguno de nosotros acepta

fácilmente. Parece que, por tanto, debemos buscar alguna otra causa más razonable.

Entre quienes luchan por obtener riquezas se encuentran usualmente cuatro clases de personas: 1) aquellas que no tienen éxito, pero que se toman las cosas filosóficamente y realmente derivan gran satisfacción de la vida; 2) quienes logran el éxito amasando fortunas; 3) aquellas que logran tan sólo un éxito parcial y pronto se tornan envidiosas; y 4) quienes fracasan del todo y, por tanto, se ven obligadas a vivir la clase de existencia precaria que es afín con un sistema salarial que no ha establecido un mínimo, una existencia que rápidamente alimenta el descontento, la envidia e incluso la malevolencia hacia los más afortunados.

Resulta evidente que es en la tercera y cuarta clases de personas donde se genera la fuerte animadversión hacia el rico, y la magnitud de este sentimiento muestra que estas clases son muy poderosas numéricamente. Ellas se sienten agraviadas por la sociedad y descargan su ira contra el que tiene éxito. Lo acusan de haberlas herido, así como el niño que se ha pillado el dedo con la puerta la pateo, acusándola de causar su dolor. Siendo un niño, no se puede esperar que entienda que la puerta fue empujada por alguna fuerza externa: quizás por un hermano travieso, tal vez por un padre distraído, quién sabe si por una ráfaga de viento venida del cielo.

El hombre rico, que gracias al poder que le confiere su riqueza ha inaugurado un sistema industrial hostil a los mejores intereses de la mayoría, merece en justicia que la animadversión recaiga sobre él. Pero la persona desprejuiciada debe admitir que el individuo que posee grandes riquezas es tanto el resultado como la causa inicial de las inequidades de la industria. Con frecuencia él es alguien que merece ser compadecido antes que inculpado. La riqueza es en apariencia suya, pero ¿qué debe hacer al respecto? Que es imposible deshacerse de ella de manera provechosa se manifiesta en los patéticos intentos realizados en este sentido.

Es cierto que existen muchos críticos de las condiciones actuales aprestados con sugerencias más o menos prácticas; pero para ellos todavía no es posible gobernar la situación, así que el rico sigue a su aire hasta que se encuentra en medio de la turbulencia causada por la envidia e indignación popular, siendo a la vez un personaje digno de alabanza y una criatura que merece la censura: alabado por los eventuales favores que pueda ofrecer, pero ¿por qué es censurado? ¿Acaso porque tuvo éxito al obtener aquello que todos los demás trataron de conseguir pero fracasaron? En cualquier caso, el rico reviste esta personalidad dual, de modo que, siendo consciente de la evaluación que de él hace la sociedad, se convierte más o menos en lo que la gente recalca que es. Se torna arrogante,

amargado, revolucionario incluso, y su control sobre la riqueza hace de él un tirano, aún a pesar de sí. A menudo se ve forzado a atacar, para protegerse, y se malinterpretan sus actos. Entonces, el rico recibe cartas amenazadoras y no tiene paz en ningún momento. ¿Y todo ello por qué? La sugestiva respuesta que obtiene siempre es que él tiene lo que los otros desean. A lo que sigue un tiempo en que es considerado culpable sin haber aún mediado un juicio legal por parte de sus iguales. El reformista arrogante no ve nada bueno en él y se dedica a manchar una reputación que él ya ha dictaminado que es negra, hasta que algún loco descontrolado asume que le ha sido asignada la misión divina de pegarle un tiro.

Es cierto que los ricos a veces despilfarran su dinero de una forma ofensiva; pero también lo hacen los pobres. La adquisición de joyas costosas no tiene por qué ser más reprehensible que la compra de cuentas de cristal, asumiendo que en ambos casos los artículos sean considerados un lujo. En cuanto a los gastos importantes, en un plano ético el rico puede estar a la misma altura que el pobre. Tener cuentas de cristal es tan inmoral como poseer collares de diamantes cuando ninguno ha sido ganado honestamente.

Los hombres ricos pueden, y claro que lo hacen, violar los principios de la Regla de Oro⁷¹, de la misma forma en que lo hace cualquier otro miembro de la sociedad. Los ricos pueden ser responsables de ciertas penurias industriales, en ocasiones pueden ser injustos con sus trabajadores; pero también lo son quienes tienen medios más reducidos; lo que es otra forma de decir que la naturaleza humana es la misma, no importa dónde se la encuentre.

En la sociedad moderna se encuentra seguramente el mejor ejemplo de la tiranía industrial y del tratamiento inmoral hacia los trabajadores entre las sirvientas domésticas, particularmente las de los hogares de las amas de casa de la clase media, que fomentan una privación general. La posesión de riquezas no predispone de suyo a la brutalidad en las relaciones con sus semejantes.

En vista de lo anterior, no parece justo discriminar a un hombre muy parecido al resto de nosotros, excepto quizás por su habilidad adquisitiva, ni tampoco lanzarle invectivas mortales simplemente porque ocurre que es conspicuo. Busquemos las causas de los fallos sociales e industriales; esforcémonos sin cesar en erradicar el mal; pero quitemos primero la mota

⁷¹ [La autora se refiere a la máxima que sugiere tratar a los demás como quisiéramos ser tratados. N.T.].

de nuestros propios ojos para que podamos ver más claramente dónde se halla la viga.

Mientras la sociedad estimule la perpetuación de un sistema que permite que los individuos amasen vastas fortunas, ella debe, para ser consistente, aplaudir al hombre que ha adquirido una. Con toda seguridad, quien triunfa en alguna competencia se gana ciertos enemigos en virtud de su proeza. Él obtiene lo que los demás competidores se esforzaron por ganar. Pero no es justo darle a la gente la posibilidad de competir y luego declarar enemigos del orden social a quienes tienen éxito. Sin embargo, si sentimos que la posesión de grandes riquezas discrepa con la república y la democracia, entonces hagamos que sea imposible para los individuos la conquista de fortunas y reconstruyamos nuestras nociones de éxito, de modo que la posesión de mucho dinero no sea en adelante considerado el supremo propósito del ambicioso.

Es cierto que existe una clase –cuya importancia se acrecienta constantemente– que se declara en desacuerdo con el sistema actual y trabaja con tesón para cambiar las condiciones sociales e industriales. Esta gente, que proviene de los sectores pobres, de la clase media y de los ricos, se está haciendo sentir en la vida política. Su crítica de las condiciones presentes no es totalmente destructiva. Ellos nos encomian a regresar de inmediato a un modo de vida más

elevado y simple, en el que el todopoderoso dólar no sea adorado de forma tan abyecta y en el que unas mejores relaciones humanas sean la consideración primordial. Todo ello está bien, pero mientras se pone en marcha el plan, dejemos definitivamente tranquilo, en nombre de la consistencia y la honestidad, al pobre hombre rico.

Los agitadores insolentes pueden arruinar sus propios objetivos si vilipendian demasiado agriamente a Creso⁷²: quizás el hombre a quien ellos someten a escarnio público sea en otro momento visto como un mártir. Pues de producirse un vuelco repentino en el sentimiento popular, el rico puede a la postre descollar en el horizonte como un héroe.

⁷² [Creso (c. 560-546 a. C.), el último rey de Lidia (Asia Menor), fue famoso por sus inmensas riquezas. N.T.]

Annie Marion MacLean

**Veinte años de sociología
por correspondencia**

Annie Marion MacLean

Este artículo versa sobre la experiencia personal de la autora en el campo de la enseñanza por correspondencia en la Universidad de Chicago, institución de educación superior pionera en ofrecer estos cursos en los Estados Unidos. Se brinda un análisis geográfico y ocupacional de los estudiantes que revela una amplia variación en su procedencia e intereses. A ello le sigue una discusión del método y de las razones de los alumnos para inscribirse en un estudio *extra mural* de este tipo. Se indica tanto el carácter personal como intelectual de este trabajo.

Se sabe desde hace mucho que no hay un camino soberano hacia el conocimiento. Quizás sea bueno que no lo haya, puesto que los instrumentos de dominio se vienen desechando rápidamente. Por eso es agradable saber que cada cierto tiempo se abren vías democráticas. Es

sobre una de ellas que quiero escribir: los estudios por correspondencia.

En cada esquina se fundan *colleges*⁷³ y universidades para aquellos estudiantes que tienen el privilegio de asistir a ellos; pero faltaba que los estudios por correspondencia llevaran el salón de clase a la casa del estudiante. La enseñanza por correspondencia ya no es un asunto impugnable, aunque produjo muchas dudas en algunos círculos académicos hace una generación cuando la Universidad de Chicago la inauguró como una parte integral de su programa educativo. Previamente hubo quien estudiara una u otra materia por correspondencia, pero debió esperarse a que la Universidad de Chicago propulsara un programa a nivel universitario que, con ciertas limitaciones, fuese acreditado para poder ofrecer un título de licenciatura. Tan exitosa resultó esta innovación que, desde entonces, ha sido adoptada por universidades, grandes y pequeñas, por departamentos estatales de educación y por otras instituciones de rango inferior.

Después de veinte años de experiencia como instructora de cursos por correspondencia, estoy preparada para proclamar mi fe en las posibilidades educativas del sistema. Mis observaciones han sido realizadas por

⁷³ [Instituciones de educación superior. N.T.]

intermedio de la Universidad de Chicago, que sin duda ha ofrecido unas facilidades que no iguala ninguna otra institución si se tiene en cuenta la magnitud de la historia de este esfuerzo, su consecuente estandarización temprana del método, así como la gran escala que ha caracterizado este trabajo.

La División de Estudios por Correspondencia de la Universidad de Chicago ha tenido un total de 32.000 estudiantes durante los treinta años transcurridos desde su organización; en la actualidad ofrece 425 materias gracias a un cuerpo docente de 126 profesores. Mi contribución a este trabajo ha sido pequeña dado que, durante los primeros años, sólo ofrecí un curso de sociología, un tópico que entonces no atraía a muchos. Sin embargo, en razón de la perspectiva, más que del volumen, parecía que la discusión de mi propia experiencia podría relieves puntos de interés y contribuir en alguna medida a explicar e interpretar los estudios por correspondencia en general. Por algún tiempo, adelanté mi trabajo como una afición, pero recientemente se ha convertido en una vocación profesional, si es que acaso sea permitido dignificar actividades tan remotas con esa designación.

En este momento mi programa se compone de seis cursos: Introducción a la Sociología, (Sociología I) Tecnología Social, Vida Rural, Problemas de la Industria, Inmigración Moderna

e Historia del Movimiento de Reforma Social. Una ojeada a estos títulos puede hacer creer que sólo los estudiantes más maduros, aquellos que pueden valerse bien por sí mismos, estarían dispuestos a tomarlos y que habría más obstáculos en los cursos de los primeros niveles. Sin embargo, testimonios incontestables me hacen pensar que incluso las materias más elementales pueden ser tratadas con éxito por correspondencia.

Durante los veinte años en que he dirigido a quienes buscan el conocimiento a lo largo de la ruta de la tinta he tenido 799 estudiantes en 47 estados de Estados Unidos y en 10 países extranjeros, incluyendo en este grupo a Hawái y Filipinas.

La distribución geográfica de los estudiantes puede observarse en las Tablas I y II.

Tabla I

Alabama	1	Nevada	1
Arizona	4	New Hampshire	2
Arkansas	8	New Jersey	2
California	16	New Mexico	3
Colorado	11	New York	26
Delaware	1	North Carolina	5
Distrito de Columbia	10	North Dakota	4
Florida	2	Ohio	92
Georgia	9	Oklahoma	13
Idaho	4	Pennsylvania	25
Illinois	229	Rhode Island	1
Indiana	36	South Carolina	1
Iowa	21	South Dakota.....	11
Kansas	13	Tennessee	9

Kentucky	12	Texas	15
Maine	2	Utah	6
Maryland	7	Vermont	1
Massachusetts	12	Virginia	13
Michigan	41	Washington	10
Minnesota	9	West Virginia	8
Mississippi	3	Wisconsin	27
Missouri	42	Wyoming	1
Montana	3		
Nebraska	4	Total	776

Tabla II

Birmania	1	Japón	3
Canadá	11	México	1
China	2	Islas Filipinas	1
Alemania	1	Siam	1
Islas Hawái	1		
India	1	Total	23

La siguiente lista de las cincuenta y tres ocupaciones desempeñadas por nuestros estudiantes muestra algunas duplicaciones. Se deben al hecho de que fue aceptada la designación que el estudiante daba de su profesión. El singular se usa allí donde sólo aparece un estudiante registrado en una categoría determinada. Los registros muestran un pequeño número de personas sin ocupación.

Agricultores, abogados, empleados de banco, cajeros, químico, fabricante de cigarros, ingenieros civiles, dirigente de un club, empleados, presidente de un *college*, profesores de *college*, inspector de aduanas, lechero, decana de mujeres, administradores de

almacén comercial, director de servicios de salud, delineantes, editores, granjeros, jardineros, trabajador en productos para el cabello, amas de casa, vendedores de seguros, puericultores, asistentes de laboratorio, conferencistas, bibliotecarios, agente de liquidaciones, profesores de artes manuales, pastores religiosos, misioneros, músicos, reporteros de prensa, enfermeras, médicos farmacéuticos, empleados postales, criadores de pollos, sacerdote, directores (de escuela), encargado de señales ferroviarias, rancheros, empleados de inmobiliaria, secretarios, trabajadores sociales, estenógrafos, estudiantes, supervisores, superintendentes de escuela, profesores, oficiales de ausentismo escolar, meteorólogo, secretarias de la Y.M.C.A.

Setecientos noventa y nueve estudiantes supondrían normalmente la corrección de cerca de 31.000 trabajos. De hecho, el número es menor porque no todos aquellos que inician un curso lo completan. En mi propio grupo, 470 obtuvieron créditos de nivel universitario. De los 799, 135 eran graduados universitarios, mientras que dos docenas tenían posgrados de diferentes tipos.

El método de enseñanza por correspondencia no difiere en la práctica de ningún otro. Como lo sabe cualquier profesor, un curso dictado en el aula debe ser diseñado y estar organizado escrupulosamente con textos y referencias de lectura seleccionados antes de presentarse al estudiante. Este es exactamente el método seguido en la preparación de los cursos

por correspondencia, con el documento de la lección formal ocupando el lugar del recitado en el salón de clase. La única diferencia es que el trabajo es escrito en vez de ser oral y que cada estudiante contesta todas las preguntas, se aprovecha de todas las sugerencias y tiene la íntegra atención del instructor. Por cierto, el instructor goza de la total atención del estudiante. Dado el grado de madurez mental que caracteriza a quien busca el conocimiento, los resultados son satisfactorios. Las oportunidades para la deshonestidad son casi las mismas en los dos métodos. Siempre hay jóvenes universitarios que tratan de “jugársela” al profesor, y siempre hay profesores bromistas que les hacen creer que lo han logrado –hasta que llega el día de las evaluaciones.

Mientras que la Universidad establece la forma general de los cursos y fija las reglas que regulan su enseñanza, los instructores disponen de total libertad para desarrollar la materia, así como la tienen en el salón de clase. Una oficina, cuya maquinaria funciona casi a la perfección, y un director, con rango de profesor, que también es un educador y que ha estado a cargo del departamento desde su nacimiento, se encargan de asuntos tan mundanos como las matrículas, los créditos, las secuencias y la preparación de los exámenes, dejando al instructor libre para atender a los hechos, a los gráficos, a las ideas y a cosas por el estilo. Pese a que los estudiantes

disponen de un año para completar un curso, con la posibilidad de repetirlo, bastantes hacen el trabajo en mucho menos tiempo, llegando sus lecciones con la regularidad del reloj. Otros trabajan sin persistencia. De hecho, son como los demás estudiantes. Hoy, con en el correo de la mañana, llegaron diez lecciones XIII de Sociología I procedentes de lugares tan distantes como California y North Carolina. Es interesante comparar los distintos modos de enfocar las mismas preguntas. Mi clase de diez estudiantes está ante mí y cada uno está pendiente de su trabajo. Ninguno tiene la mente en Babia. Se hacen las correcciones, quizás con comentarios, y los trabajos son enviados a casa. Y aquí tengo lecciones de Tecnología Social procedentes de Shanghái, y de Problemas de la Industria llegadas de Tokio, y de Inmigración Moderna de Boston. Resulta del mayor interés contar con ilustraciones locales procedentes de lugares tan remotos entre sí. Las leyes generales que gobiernan las asociaciones humanas son así ejemplificadas desde distintos lugares y entre gentes diferentes. Los días de correo nunca pueden ser del todo aburridos para quien tiene lecciones de Sociología en camino.

Los estudiantes se matriculan por diversas razones. Tal vez para completar los requisitos necesarios para obtener un título, siempre y cuando dicho estudio pueda ser hecho *in absentia*; quizás para lograr una promoción en la

enseñanza o en alguna otra profesión, o para ampliar su cultura general; o acaso por otro motivo, difícil de discernir. Es interesante encontrar a una mujer que vive bajo la sombra de unas montañas nevadas tomando un curso de Problemas de la Industria “para tratar de acercarme a las ruedas que mueven el mundo allá afuera”, y a un hombre inmerso en los negocios de una gran ciudad industrial interesado en el curso “Vida Rural para darle a su mente un cambio que su cuerpo no puede tener”. Otro hombre toma Sociología I para poder “batir a un socialista de la oficina”, mientras que una segunda mujer se inscribe para estudiar por correspondencia en vez de tomar un curso en la universidad de su ciudad “porque es un aburrimiento escuchar al profesor hablar”. ¡Dulces son los usos del estudio por correspondencia!

Mi primer estudiante era un alemán, residente en Berlín, a quién heredé cuando me hice cargo del curso Introducción a la Sociología. “No se supone”, escribió cuando abandonó el curso, “que una mujer me pueda enseñar”. En mi exuberante juventud, ése fue un duro golpe para mí, pero me consuela un tanto pensar que, si ese señor aún vive, seguramente habrá tenido que aguantarse indignidades mucho más insoportables que esa.

El estudio por correspondencia parece suplir muchas necesidades. En una escuela corriente

del oeste, un profesor descubre que un curso de ciencia social ha sido insertado súbitamente en su programación de historia. Para prepararse, él toma un curso por correspondencia. Este caso me viene ahora a la mente ya que el profesor trabajó de forma brillante y pudo apoyar a otros docentes en su misma situación. En otra ocasión, una trabajadora social pretendía, mediante un curso de Tecnología Social, adelantar estudios locales que fuesen útiles para ella y su equipo. Con la cooperación de la prensa local, ella fue capaz de llevar a cabo una campaña exitosa en pro de una reforma muy necesaria. El pastor de una zona campesina tomó un curso sobre problemas rurales que desarrolló junto con los jóvenes de su parroquia. Ellos se reunían semanalmente para leer en voz alta y discutir, y cada vez se escogía a un muchacho distinto para que escribiera la lección. Naturalmente, este trabajo no entrañaba ningún crédito universitario, pero supuso un experimento interesante de cooperación comunitaria.

Una joven no pudo seguir costeadando los tres últimos meses de estudios presenciales en una universidad pequeña. Entonces consiguió un trabajo remunerado, logró que su universidad le reconociera los créditos por correspondencia y se graduó con su promoción. A las personas ambiciosas no les es difícil mantener los estándares de excelencia. El presidente de un pequeño *college* trabajó de forma destacada en un

curso sobre problemas rurales, siendo aceptados de sus escritos en una publicación prestigiosa. Recuerdo el trabajo de un hombre que tenía cierta posición en una agencia social. Era maravilloso observar los mapas, cuadros y gráficas con que ilustraba sus ejercicios. Tenía un talento especial para ese trabajo y para escrutar las estadísticas. Parecía una afrenta poner en sus informes una simple A. Disfrutó mucho su curso y escribió que continuaría dichoso, pero que no podía permitírsele porque tenía seis hijos y un salario de apenas sesenta y cinco dólares al mes. Dado que la Universidad no ofrecía ayuda a los padres de seis hijos, lo perdimos para siempre.

Al repasar los registros, me doy cuenta de que la mayor parte de mis primeros alumnos eran hombres, quizás porque, en esa época, la sociología era aun considerada una materia tediosa que lidiaba sobre todo con barriadas y una prima de la Economía Política, la infeliz ciencia de Adam Smith⁷⁴. A las mujeres no les atraían semejantes compañías. Hoy que los cursos de sociología se han estandarizado parcialmente y ninguna universidad sueña con

⁷⁴ [Considerado el padre de la Economía Política, el economista y filósofo escocés Adam Smith (1723-1790) es el autor de *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776), uno de los libros fundadores de la economía clásica; otras obras suyas son *La teoría de los sentimientos morales* (1759) y *Lecciones de jurisprudencia* (1762-1763). N.T.]

prescindir de ellos, se matriculan tantas mujeres como hombres. La pregunta ahora no es "¿Por qué estudia sociología?", sino "Si no la estudia, ¿por qué motivo?"

Por supuesto, la Universidad de Chicago siempre ha fomentado criterios rigurosos para la admisión de estudiantes tanto en los cursos por correspondencia como en los presenciales, y ello ha tendido a ofrecernos de forma uniforme buenos alumnos.

Cuando la elección personal más que el apremio curricular predomina en la selección, el interés en el curso puede ser más intenso y probablemente perdure hasta el final. Sin embargo, soy consciente de que este razonamiento puede llevar a absurdos. Por ejemplo, un hombre de New Mexico demostraba un altísimo interés cuando se matriculó en Sociología I, pero no avanzó mucho. "No he estudiado nada en dos años", dijo. "He estado domando potros salvajes, pero voy a terminar este curso o a morir en el intento." Se murió (supongo) después de la quinta lección. Pero, ¿quién puede decir que no le haya sido de algún provecho? ¿No tuvo acaso sus cinco momentos de exaltación sociológica entre los potros?

Es interesante observar cuáles son los cursos que se elijen de año en año. A veces parece como si cada persona habilitada de la región de los Grandes Lagos fuera asaltada por el deseo de tomar un curso introductorio a la sociología,

mientras que en otro momento recorre el país una ola de favoritismo por los problemas rurales. En otra ocasión, la inmigración se convierte en una materia absorbente. Es apenas natural que, estando unida a mis ídolos, yo esté dispuesta a asumir que las distintas subdivisiones del estudio sociológico quieran aflorar frente al legítimo anonimato de otros departamentos de enseñanza, cuando en realidad la aparente concurrencia de intereses podría obedecer a cierta orden oficial relativa a las secuencias. Como todo lo que he aprendido sobre las secuencias de materias es apenas cómo se deletrea la palabra, no debe sorprender que yo cometa tal error. No obstante reconozco que es peligroso hacer conclusiones apresuradas. Esto quedó indeleblemente registrado en mi mente una vez que, en compañía de un estudiante por correspondencia, daba tumbos en un transporte público sobre de las montañas de Virginia. Al cruzar unos pastizales donde había un rebaño de vacas, una de las cuales llevaba una campana al cuello, una dama en el bus de repente dio un salto y, muy animada, le dijo a su acompañante: "Mira, mira, Mabel, esa es sin duda la *oveja guía*"⁷⁵.

⁷⁵ [*Bell wether*: uso arcaico que designa a una oveja que conduce al resto de la manada, usualmente llevando un cencerro alrededor de la nuca. N.T.]

Como se ha dicho, esta historia se ocupa de la sociología, pero de modo secundario; ella también trata de hombres y mujeres que recurren a las estilográficas y a las máquinas de escribir en pos de unos estudios avanzados. Tengo la libertad de decir que siempre he sentido mayor interés por lo que podría llamarse la parte humana de la enseñanza. La inclinación y el entrenamiento me han hecho una impulsora de la sociología y no de las altas matemáticas, pero prefiero al estudiante, incluso cuando él procura evitar las dos. El joven universitario en tanto que empollón sediento, sólo, nunca me ha atraído particularmente. Así las cosas, alguien podría preguntar qué tiene la enseñanza por correspondencia, tanto para mí como para mis colegas, aparte de una magra compensación monetaria que, por si misma, no lo retendría a uno en la labor. Después de una experiencia de veinte años, creo que puedo responder con toda seriedad que el trabajo ofrece sobradas posibilidades que evitan la fatiga de la mera contabilidad y que propicia, en cambio, la asociación placentera entre espíritus afines. Permítanme ilustrar lo que quiero decir. Los estudiantes nunca son simples nombres para mí; ellos son personalidades en sus distritos. Relaciono a los estudiantes con la geografía. Yazoo City, en Mississippi, es ahora un lugar real para mí, y el rancho C. Sheep, en New Mexico, significa tanto como Peoria, Illinois, puesto que

tengo estudiantes en los dos sitios. El atlas es un objeto viviente desde que los amigos pueblan sus páginas, y a quienes dirigimos a lo largo de los caminos de la sociología son por cierto amigos. Sorprende realmente cuán agradable es la intimidad que crece gracias a este contacto. Recuerdo a la señorita W. de Virginia, a quien le urgía completar su tercer curso conmigo el verano en que fui a su estado durante un corto viaje. Para que su trabajo no se interrumpiera, le di mi dirección en Hot Springs. Al llegar encontré, además de sus informes de las lecciones, una gran caja de hermosas flores de madroño, el emblema floral de mi provincia natal en Canadá. ¡Sin duda una agradable bienvenida al Antiguo Dominio! Y también estaba la señorita G., quien se casó antes de terminar su curso y compartió conmigo su viaje de luna de miel mediante tarjetas postales y varios recuerdos que incluían, más de una vez, la firma del novio. Antes de que terminara el año había ya una bebé en esta familia, a la que bautizaron C— S— en memoria de la enseñanza por correspondencia [*correspondence study*], y, dado que el nombre de su papá empezaba con D, obtuvimos un pequeño y bonito homenaje a la División de Estudios por Correspondencia [*Correspondence-Study Division*]. La sociología la culminé, pero la bebé creció a buen ritmo, y podría pronto tomar un curso por su propia cuenta.

El Director S., mientras tomaba un curso conmigo, se enfermó de neumonía y su esposa mandaba a menudo reportes sobre su salud. Yo estaba genuinamente preocupada por su estado, y le recalqué que no retomara el trabajo demasiado pronto. Es verdad, él era una persona importante en su propia comunidad, ¿pero acaso no era mi estudiante como para aconsejarle y orientarle?

Y estaba el hombre que me escribió desesperado después de intentar en vano terminar una lección: “Espero que usted nunca tenga que caminar arriba y abajo con un niño al que le están saliendo los dientes.”

Un hombre en un estado del lejano oeste, y que anhelaba ser ascendido, me preguntó si podía dar mi nombre como referencia. “Porque”, decía, “usted es el único personaje que conozco.”

Otro escribió: “Mis lecciones están atrasadas a causa de problemas con un cachorro enfermo.” Ahora, si acaso existe algún interés subsidiario que me tienta más que cualquier otro en la vida, eso son los cachorros. Sobre ellos me mantengo al corriente. Por lo tanto, me convertí en la consultora veterinaria de un perro pastor en Texas.

Pero, ¿qué tienen que ver todos estos asuntos humanos con la sociología por correspondencia? Estoy segura de que no lo sé, a menos que los dioses los envíen para contrarrestar la monotonía. Tornan las cosas

placenteras, así como lo hacen muchos temas extraños cuando se mezclan con la enseñanza a viva voz. Recuerdo a una chica de universidad que un día se me acercó diciendo: “¿Me podría excusar de la clase del próximo viernes por la tarde?” “¿Por qué?” (En un susurro) “Me voy a comprometer”. Ahora, ¿qué podía hacer? No había principios sociológicos para atender el caso, a no ser que recurriéramos a los principios básicos. El joven estaba condenado. Estaba destinado. Por lo tanto, excusé a la chica y me excusé a mí misma. El episodio del cachorro, y otros parecidos, acrecientan la alegría de enseñar.

Uno de los rasgos amenos de la enseñanza por correspondencia es el encuentro personal con los estudiantes. Ellos a menudo se meten en problemas sin fin para la reunión. Un hombre trae a su esposa, una mujer a su marido, o ambos llegan con niños trastabillantes, mientras que, apenas tienen la oportunidad, un ejército completo de solteros llega de visita para volver real a la divinidad que moldea sus créditos, sin importar qué tan ásperos sean los dictámenes. Amistades duraderas se han formado sobre una base tan delgada como esta.

En una ocasión en que había estado bajo el bisturí del cirujano y apenas estaba volviendo al mundo de la realidad, mi enfermera me dijo que un caballero extranjero, sin duda un viejo amigo mío, había estado esperando durante horas en el corredor del hospital para poder conversar

conmigo. Ella pensó que lo vería, así fuera un momento. Entró un japonés: “Honorable profesora, usted no me conoce por la cara, sino por mi letra. Con usted estoy siguiendo los intrínquilis del pensamiento sociológico y, estando en su ciudad por un día, le ruego una palabra sobre la evolución *cos-cosmética*.” ¡Ah!, pensé, *cosmética* (pues las personas aun eran para mi fantasmagóricas siluetas), esa es la gran necesidad del mundo. Y él prosiguió: “Es más, le pregunto para saber si de los hombres vienen los monos.” “Sí, sí”, dije, añadiendo con etéreo abandono, “los hombres *son* monos.”

“Eso será todo por ahora”, escuché que decía una voz, y vi borrosamente al oriental inclinando la cabeza mientras salía. Sólo puedo agradecer que este encuentro no tuviera lugar en un Estado ansioso por controlar mediante decretos legislativos las propias enseñanzas sobre los antepasados.

En más de una ocasión he sido una Baedeker para mis estudiantes⁷⁶. Había un hombre del sur que deseaba pasar dos días en la ciudad de Nueva York, mi residencia en ese momento, en su camino hacia Europa. Me dijo: “Después de usted, ¿qué lugares de interés en Nueva York le recomienda a alguien que nunca ha salido de Dixie?” Esta sutil adulación me hizo perder horas

⁷⁶ [Karl Baedeker fue un editor alemán del siglo XIX cuyas guías para viajeros eran famosas. N.T.]

trabajando en un itinerario para un tour conducido personalmente. Cuando él apareció, ¡oh!, tenía el color del Rey de Abisinia. También se dio el caso de aquella chica, acompañada de su madre, en su primer viaje a alguna parte. ¿Podría decirles dónde quedarse y qué ver en Chicago? ¿Podría? Confeccioné dos listas, una para carteras livianas y otra para carteras abultadas. Sospechaba que la suya era liviana. Lo era, y su aprecio por la lista “liviana” fue grato.

A veces surgen situaciones preciosísimas con estudiantes que realizan un excelente trabajo. Un joven intelectual muy moderno escribió acalorado preguntando por qué debía ser obligado a leer libros publicados hacía más de veinte años. Esas monstruosidades envejecidas constituían un anatema para él. Le propuse que buscara referencias sustitutas que, si acaso cubrían el campo, yo podía aceptar. Se puso en la tarea con sinceridad, pero finalmente admitió que había dos o tres viejos libros que él tendría que conservar *si yo quería que respondiese a ciertas preguntas*. Dado que la cooperación del estudiante siempre hace que me implique con intensidad, accedí a que se eliminasen los puntos en disputa si, a su juicio, el curso no se vería así debilitado. Después de la debida consideración, él votó por mantenerlos. El joven pertenecía a la familia Cohen.

Estaba también la mujer que, desde el inicio del curso, peleó con uno de los libros de texto y

luchó contra cada milímetro de terreno abarcado por él. Ella cuestionó los hechos y las conclusiones del autor. Finalmente, como auto-protección, le sugerí que le planteara sus críticas a quien se las había inspirado. Esto tan sólo sirvió para que me enviara otra andanada sobre él. Se la remití por correo al caballero atacado. Él escribió con tinta roja al otro lado de la cara del informe “¡Oh! La muy tonta”, lo firmó, y me lo devolvió. Se lo remití y, *mirable dictu*, mi estudiante quedó encantada. “¡Nunca,” me dijo, “esperé tener el autógrafo de un autor!”

A menudo pasa que quien pone más peros al principio presenta al final el trabajo más pobre o no logra terminar el curso. Una estudiante que desertó me escribió once cartas, cada una de las cuales tuve que contestar, antes de que estuviera lista para empezar su tarea. En esa época, el nombre de su instructor se había desvanecido de su mente, así que su primera lección fue enviada a la Universidad de forma bastante impersonal junto con una nota que decía:

APRECIADO SEÑOR O SEÑORA:

Su nombre se me escapa. Le deberá una nota a quien abajo firma.

Una vez llegó una carta de un estudiante que decía: “Por favor, dígame el significado de esa nueva indicación sobre mi última lección. Lloré casi toda la noche porque sé que debe tratarse de

algo muy malo y yo estoy desesperado por obtener una buena nota." Por miedo a que el remordimiento me provocara una noche parecida, al instante busqué la ficha de la lección en cuestión, la encontré satisfactoria, y le mandé una carta por entrega especial haciéndoselo saber y explicándole que los garabatos debían ser el resultado de una estilográfica desobediente.

Todo esto tan sólo muestra que los estudiantes por correspondencia están sujetos a las debilidades de cualquier ser humano y que por tanto deben llevarse muy cerca del corazón del imperfecto instructor en la ciencia del bienestar humano.

Este trabajo ya no se haya en su etapa experimental; ha demostrado su derecho a existir, por lo menos como un sustituto parcial de los cursos en el aula. Una de las primeras limitaciones de mi trabajo se ha desvanecido con los años. Hoy por lo general se reconoce que, en lo que respecta a los sociólogos, Él los creó, a los hombres y a las mujeres. El trato que me dio mi primer alumno ya no duele más. Me siento compensada por aquel químico que, tras tomar Sociología I, vio una gran luz. Él tuvo una visión de lo que era su curso universitario.

En la educación por correspondencia, como en otras cosas, los primeros veinte años son los más duros. Ahora, mientras evoco las décadas pasadas, y veo a mis antiguos alumnos ocupados en los diversos caminos de la vida, algunos de

Annie Marion MacLean

ellos destacando en los círculos académicos, otros, como la mayoría de la humanidad, actuando de forma aceptable en los campos de lo mediocre, mi sangre hormiguea agradablemente, mi mano busca sin querer un nuevo frasco de tinta roja y yo respondo con fervor al llamado: “¡Todos a bordo para los próximos veinte años!”

Índice

Presentación, por Pedro Quintín	9
Dos semanas de trabajo en almacenes	35
Con los recolectores de lúpulo de Oregón	73
El dilema del hombre rico en una democracia	99
Veinte años de sociología por correspondencia	113

Títulos publicados:

Henri Hubert, Émile Durkheim

Breve estudio de la representación del tiempo en la religión y la magia. El porvenir de la religión

Robert Hertz, Jeremy MacClancy y Robert Parkin

San Besse: etnografía, historia y ritual

Marianne Weber

La mujer y la cultura moderna. Tres ensayos

Juan Duchesne-Winter

'Equilibrio encimita del infierno': Andrés Caicedo y la utopía del trance

Sergio Ramírez Lamus

Espectros de 1948. Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril

Maude Newell Williams

Los más pequeños de éstos –en Colombia

Stefan Czarnowski

La partición de la extensión y su delimitación en la religión y la magia. La cultura religiosa de los campesinos polacos

Juan Duchesne-Winter

Del príncipe moderno al señor barroco: la república de la amistad en Paradiso de José Lezama Lima

Sonia Muñoz

Los devaneos del docto. El caso de la teoría del consumo cultural en América Latina

Alexander García Düttmann

El año académico